

BOULDER

EVA BALTASAR



LITTERATURA
RANDOM HOUSE

Boulder

EVA BALTASAR

Traducción de
Nicole d'Amonville Alegría



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

@Literaturarandomhouse



@LitRandomHouse



@Litrandomhouse

Penguin
Random House
Grupo Editorial

... su amor es un amor solitario.

CARSON McCULLERS,
La balada del café triste

Quellón. Chiloé. Una noche hace muchos años. Las diez pasadas. Ni cielo ni vegetación ni océano. Sólo viento, la mano que todo lo toma. Seremos una docena de personas. Almas. En un lugar como este, a esta hora, puede decirse que las personas son almas. El embarcadero es pequeño y hace pendiente. La isla se entrega al agua en bloques de hormigón a los que están sujetos, uno al lado de otro, algunos amarraderos. Parecen las cabezas deformes de los descomunales clavos que sujetan este muelle al fondo del mar. Nada más. La quietud de los isleños me maravilla. Están sentados bajo la lluvia, dispersos, junto a unos bultos grandes como baúles. Se cubren con plásticos resistentes al viento, comen en silencio con un termo entre las piernas. Esperan. La lluvia les percute como si los maldijera, les resbala por la chepa y forma riachuelos que bajan hasta el mar, esa boca inmensa nunca cansada de recibir y tragar. Hace un frío curioso, habré bebido de él, porque lo siento fanático, combativo, bajo la piel y más adentro, en los arcos que construyen los órganos entre ellos. Isleños incomprensibles. He estado aquí tres meses cocinando en unos campamentos de verano para adolescentes. De noche pedaleaba hasta el pueblo y tomaba un aguardiente en el bar de la pensión. Casi ninguna mujer. Ritual de trabajadores. Los dientes manchados que saludan. Los ojos negrísimos de los árboles genealógicos que han crecido lentamente sobre la piedra salobre hablan conmigo desde las mesas. Hablan por todos los muertos.

No soy buena cocinera, soy una cocinera de rancho, capaz, sin formación. Lo que más me gusta del trabajo es hacerme cargo de los alimentos cuando aún están enteros, cuando algo en ellos proclama un lugar, una procedencia y ese radio inmediato de soledad que todo ser vivo necesita para crecer. Agua, tierra, pulmones. Las condiciones del silencio. Los alimentos tienen piel y prepararlos requiere cuchillos. Si en algo soy buena, es en descuartizarlo todo. El resto no es arte. Sazonar, reunir, dar calor... las manos acaban acostumbrándose, se dirigen solas. He trabajado en escuelas, en geriátricos y en una cárcel. Los trabajos me duran semanas, se me escurren de las manos, son una grasa que voy deshaciendo. Antes de venir a Chiloé mi último jefe quiso darme una explicación: el problema no era la comida, sino yo. En una cocina se trabaja en equipo, tenía que buscar una cocina muy pequeña si quería trabajar sola y seguir viviendo de esto.

A medianoche llega el barco. Se lanza sobre nosotros a una velocidad alarmante. Quizá me dé esa impresión por las luces que estallan en la aguada y nos hacen parpadear. Detrás de nosotros hay movimiento, alguien llega en un jeep negro y deja el motor encendido. Nos llama. Los isleños se levantan, parecen tortugas enormes nacidas de un gran huevo. Atraviesan la lluvia despacio, pasan por mi lado y me siento como una extranjera insignificante, blanca como la enfermedad y empapada bajo el impermeable azul oscuro. Harían falta dos cuerpos como el mío para conformar uno resistente como el de ellos. Sin embargo he sido como ellos, he cavado la isla con las uñas hasta saber que lo blando de los dedos puede endurecerse, que el corazón gobierna el cuerpo y lo modifica con su primer mandato, la voluntad. Nos cobijamos en la puerta del conductor. Uso la capucha de visera, me restriego los ojos e intento entender qué pasa. Manos intercambiando monedas, billetes. Del interior del coche sale una melodía de cuerda que parece celebrar el temporal. Compró mi pasaje con los pesos que saco de la riñonera. El resto, el salario de tres meses, lo llevo envuelto en papel film entre la primera camiseta y la piel.

Es como si el mar nos hubiese puesto la pasarela, como si viniese a recogernos. La mochila me hace caminar inclinada. Tengo una cuerda en el interior de cada puño, y no las suelto. Unos gritos evitan que dejemos de avanzar. Me adentro en el barco pensando que no parece tan inmenso, y de pronto, silencio: sonidos humanos apenas perceptibles, fuera del alcance de los elementos. Bajamos de lado por unos escalones metálicos, afianzando cada paso. Detrás de la puerta hay una bodega vacía. Es un mercante, no un crucero. Nos dejamos caer en ella como si llevásemos años de romería y algunos nos miramos a los ojos, quizá por primera vez. El hombre que tengo a mi lado saca una botella de pisco y tras beber un largo sorbo, hace que circule. La ceremonia de la pipa: veremos cómo acaba. Me quito el impermeable y el jersey empapado y me pongo otro sucio y seco que encuentro hurgando a tientas en la mochila. No sé en qué momento zarpamos, la bodega se eleva y se desploma sin cesar. A veces resbalamos en masa hacia un lado y la bombilla centellea hasta que otro golpe de mar nos restituye. Una vieja desdentada me ofrece la botella con una sonrisa en cada ojo. La acepto y bebo. Me encanta este lugar, los ojos angostos y negros que ni me quieren ni me rechazan, esta fabulosa libertad.

Eso vine a buscar aquí, el cero primigenio. Cansada de inventar currículums, de tener que decir y hacer como si la vida fuese un relato, como si dentro llevase un alambre clavado que me hiciese recta y constante. El rumbo mata el viaje y si la vida ha de ser una historia, ésta sólo puede ser mala. ¿Qué creía que hacía dejándolo todo y aceptando una vida de tres meses en los confines

del mundo? Acababan de despedirme de un restaurante enorme ubicado en un polígono industrial. Cada mañana acudía allí en autoestop. Casi siempre llegaba tarde y eso que salía de casa dos horas antes. El mejor momento del día era cuando un coche o una furgoneta se detenía en el arcén, a cien o ciento cincuenta metros, y me llamaba con los intermitentes. Corría como una loca con la mochila en la espalda y la chaqueta abierta, exhalando el humo del frío y del cigarrillo a la vez. Algunos conductores se sorprendían al percibir que era una mujer. Otros ni se daban cuenta. Quince kilómetros de paz, de no estar en ninguna parte, de asaltar la ruta con que se castigaba a diario a aquella gente amable. Me habría encantado saltar de los automóviles en marcha en lugar de saludar y cerrar la puerta como quien cierra el ataúd de un buen amigo, el de un inanimado. ¿Qué creía que hacía dejándolo todo? La destructora posibilidad de un trabajo similar, una habitación de tres al cuarto en un piso de la periferia, amantes fugaces como estrellas, hoy quemándome en los dedos, mañana irreales. Los días aparecían y desaparecían, idénticos. Los tumbaba cada noche, trago tras trago, estirada en la cama angosta con auriculares en las orejas y un cenicero en el pecho. Había vivido clavada a una certeza impalpable, acordonada por las cuatro cosas necesarias que me diferenciaban de una despojada, de una excluida. Necesitaba enfrentarme al vacío, lo había soñado hasta convertirlo en mástil, el centro de equilibrio donde detenerme cuando la vida se desmoronaba a mi alrededor. Intoxicada, procedía de la nada y aspiraba a territorios aullados.

Un suelo duro y la mochila por cojín. Compañeros silenciosos. Yo dentro del casco, el casco dentro de la tormenta, y un sobre repleto de billetes en el vientre. Esta noche he tenido éxito.

Permanezco en el buque unos años. El capitán tiene cara de jugador, paciente, inteligente. Le llaman patrón.^[1] La piel fina y roja le sale del cuello de la camisa como una segunda camisa que se le ciñe a las facciones minúsculas: barbilla, boca, bigote, nariz, frente, alineadas una encima de otra, y los ojos como dos agujeros que remachan cada orden, cada decisión. Me ha dado el trabajo porque no pido sueldo, sólo comida y cama. Creo que he descubierto qué es la felicidad: despertar silbando, no molestar a nadie, no dar explicaciones y desplomarse en la cama al alba, con el cuerpo aturdido por el cansancio y la cabeza despojada de todo el polvo y la hiel. A bordo creen que estoy chiflada, que soy la oveja negra de una familia aristocrática y que alguien mató a mis padres y a mis hermanos. Están convencidos de que estoy aquí, amparada en el anonimato de la tripulación, para planear una venganza lenta y cruel hasta el último detalle. Permito que lo crean porque son cordiales, porque en el fondo somos más hermanos que los hijos de una misma

madre. El barco nos mece en su líquido, nos ama, nos nutre, nos invita a mirarnos. Me dejo llevar, la vida crece sin sobrepasarme, se concentra en cada minuto, implosiona, la tengo en las manos. Puedo renunciar a cualquier cosa, porque nada es decisivo cuando te niegas a encerrar la vida en el calabozo de los relatos.

Remontamos por la costa chilena. Subimos hasta Talcahuano, Valparaíso, Antofagasta, Iquique. No suelo desembarcar, aunque a veces querría hacerlo. Valparaíso, por ejemplo, el puerto de noche al amparo de los cerros[2] resplandecientes: deseo una amante. Fumo medio paquete de cigarrillos sentada en cubierta y me siento idiota. Hace más de un año que no tengo a una mujer en los brazos. El cuerpo me insulta, me exige otro cuerpo para saciar el hambre monstruosa de tocarlo y excitarlo hasta hacerlo escupir a la persona, su pureza, su encanto. Me muero por abrir y cerrar una puerta, arrastrar con la boca a otra boca a la cama, rebanar el deseo. En Barcelona era fácil. Aquí ni me lo planteo. Mejor retirarme a la litera y recordarlo todo en ese punto demasiado concreto de la entrepierna mientras la saliva en los dedos me llena de tabaco y soledad.

Es el mejor trabajo que he tenido. La cocina es pequeña y está oxidada. Un horno, cuatro fogones, la encimera. Las ollas parecen sacadas del fondo del mar. Menos mal que traigo mis cuchillos, no me separo de ellos ni para dormir; si los dejase en un cajón, al día siguiente tendría que ir a buscarlos a la sala de máquinas. De todos modos, cuando estoy en la cocina no entra nadie. Dejo la puerta abierta, y de vez en cuando alguien asoma la cabeza y pide un café. Que se lo hagan ellos. Siempre tengo agua hirviendo, un bote de café soluble y otro de azúcar blanco. A veces se sientan un momento en el taburete del rincón. Descansan y me miran trabajar, me hablan de su abuela, que era una gran cocinera, la reina de las humitas[3] y las empanadas. El segundo de a bordo me dicta las recetas. Las humitas son inviiables, pero me aficiono a las empanadas. Son prácticas y gustan a todo el mundo, aunque la carne sea de lata y a las olivas les falte adobo. Preparo la masa cada atardecer y la dejo fermentar toda la noche. Me gusta taparme con la sábana sabiendo que hay otro cuerpo tapado, un cuerpo que vela y trabaja para mí. Al día siguiente me maravillo de su crecimiento, como si todo ello, la cúpula de trigo perfecta y blanda, su nido de calor, fuese un sobrino lejano que ha madurado de un año para otro en el silencio de la ausencia, sin esfuerzo. Amaso la masa sobre la encimera, la espolvoreo con harina, le doy forma y la tomo e imagino que soy un dios puñetero a punto de modelar una nueva estirpe. Cualquier necesidad para no sentir las caderas, los pechos, las nalgas, la carne perfecta de una mujer contra

las palmas.

Pasamos semanas enteras en el mar de Chiloé. Es un mar incómodo, como si no estuviese a gusto atrapado entre el archipiélago y el continente. Los peores temporales, ni punto de comparación con el de mi primer viaje a bordo. Suelen ser tan violentos que nos vemos obligados a resguardarnos en una bahía. Horas de espera, por lo general de noche. Si llevamos pasajeros, mando a alguien que les baje bocadillos. Los lugareños embuchan de lo lindo. Es como si todo lo que comen los enriqueciera y consolidara, como si les diese tiempo de vida y la fortaleza para vivirla. No así los turistas que cargamos, que se oponen a todo. Es extraño, porque éstos son precisamente de los que rehúyen la comodidad de los cruceros. Han salido de casa dispuestos a convertir los días de vacaciones en una expedición, una ruta hacia una verdad interior. Se enteran de que hay buques que aceptan gente y compran los pasajes una noche de tormenta, más vivos que nunca, aún más enamorados de su aventura que de los hijos que ya han tenido o que tendrán. Tres horas después están lívidos y necesitan un váter. El de ellos está en cubierta. Dos tramos de escalera desde la bodega hasta arriba y un último tramo hasta el anexo. El viento les escupe a la cara, les ciega con las balas de los aguaceros australes. Las olas gritan, lo engullirían todo. No entiendo por qué no se mueren. Suben resoplando con violencia, agarrados a barandillas inexistentes. Se encierran en el váter y se vacían. Las olas aparecen también allí, de repente, como un monstruo marino que los inmoviliza contra la pared y los devora empezando por el cuello. Si algún día descubro que me he vuelto así, me pego un tiro.

No sé por qué, empiezo a cobrar un sueldo. Nada del otro mundo, pero supone un cambio en mi relación con el trabajo, dejo de sentirlo mío, pasa a ser de alguien que lo valora y me lo cede. Tengo una sensación de pérdida, y eso que hacía tiempo que estaba a cero, necesitaba dinero. Sigo cocinando lo bien que sé bajo la correa invisible del nuevo amo, laxa pero presente. En Chaitén me abastezco de tabaco, tampones, desodorante, calcetines. Es curioso cómo desaparecen los calcetines. Los compro rojos para saber que son míos. Chaitén es una parada habitual, donde suelo desembarcar aunque sea un par de horas. Las calles vacías son largas y anchas como pistas de despegue. En el comedor de una casita una mujer gorda sirve café y pastel. El mejor *lemon cake* del mundo. Siempre está lleno, pese a las cortinas de flores, la vajilla recargada, los tapetes. También alquila habitaciones. Si atracamos más de veinticuatro horas, reservo una para bañarme con agua caliente y dormir en una cama de verdad, con un armazón de madera que soporte cada uno de mis gemidos y pensamientos. Los días de lluvia siento como si volviese a casa después de conquistar el mundo. Aquí es donde he conocido a Samsa y por unos

momentos he sido consciente del magma inestable sobre el que flota el milagro de los océanos y los continentes.

Las cinco de la tarde. Ya ha oscurecido. Pido un café, dejo la mochila en el suelo y me deslizo hacia uno de los pocos asientos libres, junto a un par de aldeanos y un niño que moja los dedos en el té. Ella está sentada a la mesa del fondo con otras cinco o seis personas. Cabelleras albinas, espaldas de nadador. Un emblema corporativo en las mochilas y las chaquetas colgadas de los respaldos. Hablan en voz baja, como si fuesen suecos o acabasen de encontrar petróleo. No puedo evitar mirarla, como cuando te asomas por la borda y descubres que hay un tiburón. Olvido el azúcar, me quemo la lengua con el café. Siento la dureza de la roca en la que el deseo se clava como para siempre. La miro y me sofoco, aunque sea sueca y cobre el sueldo manchado de sangre de una multinacional. La miro y todo se llena. La mirada es una cuerda que la enlaza y me la trae. Levanta los ojos, me encuentra. Ya lo sabe.

Nos pasamos toda la noche en ello. No la follo, me afilo con ella. La bebo como si me hubiesen educado para el desierto. La trago como si tragase espadas, con un esmero vital y muy despacio. Las horas se superponen unas sobre otras y nos tapan. Despierto a las cinco y media con el tiempo justo para volver a bordo. No sé cómo separarme de ella, es como si la cera de mi cuerpo se hubiese enfriado pegada al suyo. La beso, la beso. Beso el cabello que le cae sobre los ojos llenándolos de una luz rubia y extraña. Beso el cuello tenso, la espalda exquisita, los pezones planos y anestesiados después de tanta noche. Cierro sus ojos y beso lo azul besándole la piel que lo trasluce. Chupo su lengua exhausta y extranjera. Mis besos son minas que planto con inconsciencia, como si cantara, sabiendo que cuando vuelva a hacerlo explotarán, mutilarán, socavarán cuerpos y canteras. Nos damos los móviles. La abrazo como los locos abrazan un credo o se cuelgan de los árboles. Y me marchó. Antes que transcurran tres lunas volveremos a vernos. Tres lunas, se me ha ocurrido.

Pienso en ella a todas horas. Mi cuerpo parece el laboratorio donde se cocina la piedra definitiva, su luz es una posibilidad entre millones que me obsesiona. Preparar comida me exige una concentración brutal. Compró un libro de cocina griega en una librería de viejo de Puerto Montt. Especies, verdura fresca, queso, un cordero. Anclas minúsculas con las que me amarro la cabeza a la tierra. Cocino con la puerta cerrada, como uno de esos genios que obligan a ser paciente. En realidad estoy drogada. Samsa me corre por las venas. Mis dedos la penetran cuando vacío el

cordero. Tres meses durante los cuales nos adentramos en aguas peruanas. Navegamos más lejos que nunca, como si huyéramos. Ni una llamada, ni un mensaje. Nada. Hummus, moussaka y una baklava difícilísima que riego con pisco y miel. El capitán me felicita. No sé qué más puedo hacer con las manos.

Empezamos a vernos. La llamo antes de llegar a Chaitén, ella se monta en la pickup y conduce durante ocho horas. Nos encontramos frente al aparcamiento de la pensión. Llega, maniobra, detiene el motor. Abro la puerta con el cuerpo desacompasado, vertiendo todos sus tóxicos en el lecho inmaculado que tengo dentro de mí. No me había sentido nunca tan inclemente, tan inhumana. La beso como si pudiese deshacerle las capas de deseo confitadas en los labios y en los dientes. Nos encerramos en la habitación. A veces quedamos cada diez días, otras, transcurren uno o dos meses. He conseguido un arnés sin ligaduras que llega de los Estados Unidos en avión. Lo recojo en un apartado de correos de Ancud. Es realmente precioso, del azul eléctrico en que viven los lábridos y los corales. Follarla con el arnés es entretenerme en desvelar y matar de bochorno el verano, lanzarla muy arriba, combatir la marea que me arrastra antes de doblegarme a la quietud. Horas y horas. El tiempo gotea de nuestros cuerpos, se nos escurre entre las piernas, lo clavamos a la pared con chinchetas. La beso como no sabía que podía besar a una mujer, entregándole algo que fabrico cuando estoy lejos, cuando no está conmigo.

No le gusta mi nombre y me pone otro. Dice que parezco una de esas grandes rocas solitarias, aisladas, expuestas a todo, que hay en el sur de la Patagonia, pedazos de mundo que sobraron después de la creación. Nadie sabe de dónde provienen. Ni ellas entienden por qué siguen ahí, por qué no se desgastan. Le explico que he visto farallones parecidos en medio del mar. Los barcos los rodean en silencio, como si recelasen de un ser mitológico susceptible de levantarse y atacar. No siempre están solos, a veces hay otros a poca distancia. Pueden llegar a formar laberintos en los que es mejor no entrar. Samsa se suelta el pelo y me barre la frente, las pestañas, el cuello. Me llama Boulder y nos echamos a reír, no sé bien por qué. Supongo que el amor florece encima de nosotras como una rama gigante que se dobla y toca los pliegues sensibles, reticentes.

No me había sentido nunca tan extraña a bordo. He perdido algo que era sólo mío, mío y del barco. Navegamos y todo parece seguir igual. La costa chilena es negra, se impone a la traza humana de una forma casi romántica que me conmueve. Muelles de madera, de pilotes siempre

en remojo, hinchados como las piernas de un gotoso. Astillas donde la vida es el reino amontonado de los moluscos. El óxido oscuro que el mar respira y que reptar terreno arriba como un hongo, el ser vivo más simple y extenso. Cuando fondeamos pierdo el aliento. Tengo la impresión de caer con el ancla en un fondo de quietud que todo lo mata. La cocina se me queda pequeña, la litera me ridiculiza, los pocos espacios comunes me resultan insufribles. Paso los atardeceres en cubierta, observando las luces de las casas lejanas. De vez en cuando alguna de ellas se cimbrea como si la tocara una varita. Fumo más que nunca, pero fumar sola de noche también es una manera de alimentar el embrujo, convoca al cuerpo deseado y lo hace entrar, poco a poco, más y más adentro, hasta las reservas de aire, hasta alcanzar el recuerdo más tierno atrapado en la caja sin agujeros del pecho.

He pensado mucho. Una psicóloga uruguaya decía por la radio que el movimiento favorece la actividad mental, o sea que vivir en un buque debe de ser la hostia. Pienso para tapiar los sentimientos. Los imagino como un rebaño de búfalos o cebúes que se afanan en atravesar las aguas infestadas de carnívoros de mi tranquilidad, de cuanto plato tras plato he conseguido en este mundo, en el interior de este barco. No soporto los rebaños, esa voluntad única e ida, esa cosa desproporcionada en los ojos próxima al pánico, casi sacrificial. Procuro evitarlos. No me analizo, pienso. En realidad, me desarmo. El pensamiento me libera, como si yo fuese el arco. Aprendo a jugar al ajedrez con un marinero obsesionado con ese juego. Siempre me gana, pero cada día tarda más. También me dedico a actividades estúpidas que requieren la máxima atención, como por ejemplo la pastelería francesa o la destilación de membrillos para elaborar licor. Lo paso realmente bien engordando y emborrachando a la tripulación. No reparo en que la vida me lleva. He encontrado la ola perfecta y la monto como si la hubiese domado, como si todo dependiera de una suerte que yo misma reparto al antojo de la liberalidad.

Meses y meses, perfectos, rutilantes, hasta que un día me dice que se va. Me lo dice llorando, insegura y temblorosa como un niño que no quiere saltar al agua. Cara a cara, sentadas en la cama. Estamos a media tarde y va a llover, habría sido una noche genial. Le miro las manos. Juega con uno de mis anillos. No le entran, pero con frecuencia se los desliza hasta el primer nudillo y me hace burla. Inventar obscenidades que no he oído nunca a bordo y las araña sobre mi piel. La detengo con una mano que resbala por su vientre con gesto decidido, como cuando en el punto álgido de un concierto el director de orquesta invita a que entren otros instrumentos. Le seco las lágrimas con los pulgares. Me miro el pecho desnudo y liso, con la marca reciente de unos incisivos y el tatuaje de la isla de Chiloé. ¿Cómo es posible que no mane sangre de ese

punto intensísimo de dolor? Ha aceptado un trabajo en Reikiavik. Una oportunidad, dice ella. La habitación rueda como si tuviera patas, como si el drama sensacional que allí se representa la animase a bailar. La quiero. Sólo se me ocurre una persona a la que podría matar por ella. Me mira sin pedirme que lo haga y asiento. Después la agarro como si quisiera emborracharla y hacerle olvidar el amor y todas las monedas del nuevo tesoro. Empieza a llover. La vida se abre como una herida que supura y escuece. Si alguien me habla de felicidad, juro que le rompo la cara.

Reikiavik. Vivimos en un apartamento pequeño frente al puerto. Samsa trabaja más de diez horas diarias, y eso que sólo tiene un trabajo, aquí todo el mundo tiene dos. Gana mucho dinero. La vida es cara, pero tenemos una cuenta corriente que parece la increíble herencia de una tía solterona y codiciosa. Insiste en comprar una casa. Le digo que ni hablar, no me he ido con ella para jugar a las casitas, yo me quedo en el apartamento. Tiene treinta metros cuadrados y es de una sola pieza. Una cocina comedor y, al fondo, la cama, solitaria como un bote. Una pared de cristal acoge la bahía de cabo a rabo. Las noches de tormenta, parece que entrase en la sala. El mar islandés es una mala cosa, no me habría gustado nada tener que navegar en él. Neblinoso y frío, de un azul siempre ahumado. Pero me gusta tenerlo ahí, delante de la cama. Cuando Samsa se me sienta encima con los pechos alzados sobre la noche como litorales, la luz de las velas la refleja en ese agua y siento que soy un galeón a punto de hundirse, que ella es mi mascarón.

No tardo nada en buscar trabajo. Samsa dice que no hace falta, que puedo quedarme en casa y hacer lo que quiera, o explorar la región. Me aconseja que me tome un tiempo de reposo para asentarme en el país. Hacer lo que quiera. Tiempo de reposo. El lenguaje es y será siempre un territorio ocupado. Tengo la impresión de que me estacaron en él nada más nacer. Sólo el lenguaje puede lograr que pertenezcas a algún lugar, que no te extravíes. Es un sustrato que nutre. Parece que residiera en la mente, que bajase a la boca y se fundiera en los labios cuando se habla. Pero el lenguaje está en todas partes, ocupa las células más apartadas y las impulsa hacia lugares incomprensibles. Te alienta y te enferma, desorienta a tu instinto animal, te hace humana. Sentirte intensamente humana es la emoción más complaciente. Pero también puede ser la más tiránica. Se es responsable de cada palabra, no hay ninguna expresión inocente. A veces las de Samsa me hacen pensar que quizá me he equivocado en amarla con este desapego. Pero todo es tenerla en los brazos, su cuerpo leal pegado al mío, la felicidad que mana de sus extremidades como el poder vigoroso de un dios, y saber a ciencia cierta que ése es mi fondo. Que puedo creer en ella firmemente, aun a distancia, con una capucha en la cabeza.

Ha comprado la casa. Una casita amarilla entre otras casitas chulas en los arrabales de la ciudad.

Dos plantas, sótano, jardín, habitaciones suficientes para albergar a una nación. Ese tipo de vivienda me da escalofríos. Tengo la impresión de que las venden con la corte de fantasmas hechizados de tu futuro ya dentro. Ríete de Canterville. Las casitas unifamiliares recién construidas tienen alma, un alma famélica que se alimenta de la tuya chupándote la libertad, la independencia, cualquier indicio de pasión. Te encierras en su interior cada noche, corres el cerrojo pensando que así estarás segura y en realidad cometes la peor traición: taparte con la manta y descansar la cabeza en la almohada ofreciendo la yugular. La casa entera se recoge y se inclina sobre ti. Abre la boca y hace como esas serpientes extraordinarias que vacían de leche a las madres mientras duermen y se enroscan como collaritos sobre su piel. Samsa la alquila a una pareja con tres niños. Dice que la cocina es maravillosa, que si la veo pondré un colchón y ya no querré salir. A veces pienso que no me conoce. Las casas dulces como la suya te carcomen poco a poco, te perforan en profundidad, alcanzan el nervio más fino. Cuando te das cuenta ya es demasiado tarde, ya te ha matado esa energía demoledora que sólo el dolor sabe producir.

No me gustan los islandeses. Se sienten una tribu. Envidio su fortaleza, su cuerpo asintomático, la claridad hiriente de sus ojos. Nacen con pedazos de su gran isla dentro, se hilvanan a ella mientras crecen y cuando son adultos emanan una fuerza casi telúrica que parece honrarlos y que los une. De uno en uno aún los tolero, pero en grupo me agotan, no puedo. Samsa es muy sociable y ha hecho un montón de amigos. No me extraña, porque tiene esa cualidad delicuescente de atraer hacia su luz la luz ni tan gentil ni tan hechicera de los demás, que necesitan tocarla y sentir que brillan más alto. No hay semana que no tengamos que mezclarnos con otra gente. Compañeros suyos del trabajo, de yoga, del curso de español al que se ha apuntado para tener algo mío, dice, como si prestándonos los idiomas nos alimentásemos mutuamente. Si cobrase todas las cenas que cocino el fin de semana, sacaría un sobresueldo muy decente. Pero lo peor de esos encuentros no son ellos, tener que seguir las conversaciones, encajar la risa, asentir como un pájaro de una especie extraña soltado en un aviario de pájaros más salvajes y bellos. No. Lo peor son sus hijos. Los islandeses son bestias biológicas, reproductoras. Empiezan a tener hijos cuando aún no han cumplido veinte años, incontables cachorros, rubios y salvajes como los troncos de sus antepasados vikingos. Forman clanes extensos y cargan a sus crías como los simios, las llevan a todas partes. El país entero está habilitado para permitirlo. A mí los niños no me van. Por encima de todo me desazonan, los veo como variables imprevisibles que cuando topan con mis escollos se embarrancan en ellos con toda la fuerza de su locura innata. Son angulosos, descontrolados, intermitentes. Los atraigo de la misma manera perversa con que los gatos persiguen a los alérgicos. Samsa los recibe con galletas, los padres y las madres se desentienden y yo me dedico a servir alcohol. Vasos, botellas,

cubitos. Defensas tras las que me parapeto, como si esas altísimas graduaciones verdes y lilas pudiesen mantenerlos a raya al otro lado de mi mundo. No entiendo por qué no lo consigo. A media cena quieren subírseme encima, me pringan los tejanos con su comida a medio masticar, quieren que los mire, que los mime, que les hable. Cuanto menos caso les hago, más insisten. Samsa me espía y sonrío. Me pone de muy mala leche que me vea como un reto, que se enternezca, que piense que puede educarme como un campesino educaría a un lobo.

Encuentro trabajo en un restaurante chino y en una taberna local. Es como retroceder muchos años en el tiempo. Paso medio día fregando platos en el chino, y las noches preparando tapas innominables en un tugurio donde me encantaría emborracharme con Samsa en el regazo en un rincón bien oscuro. Pero pese a los horarios, el sueldo exiguo, el trabajo repetitivo, me siento bien allí. Los chinos no me hacen caso, para ellos soy una compatriota laboral, la máquina de recoger todo lo sucio y devolverlo limpio y seco en un tiempo límite. El ritmo exigente de esta cocina me aísla de los compañeros, de mí misma, del tiempo pasado y de los recuerdos remachados. De todo. Y en el obrador de la taberna no somos sino dos, el jefe y yo. Sólo tengo que obedecer, no hace falta coordinación. Él manda y yo ejecuto. Bajo mi responsabilidad: el marisco, el bacalao y el tiburón. Trabajo el producto sin guantes, mi piel sobre su carne. El cuchillo resbala como un lápiz capaz de rasgar el papel. Momentos en que me siento casi inviolable, como si la encimera fuese un altar. Si hacer lo que quiera tuviese que significar algo por fuerza, sería eso: encerrarme en el trabajo como la ostra en su concha, ser la mano que elabora su perla tomando como excusa una impureza, sin motivo, quizá sólo porque en esa soledad hay una pulpa de sentido que manifiesta la soledad de cada ser minúsculo dentro de una misma especie, la de un ecosistema en el transcurso del tiempo. El cansancio es un espíritu que no se manifiesta hasta muy entrada la madrugada, cuando la cocina ya está tan llena que trabajamos con la puerta abierta de par en par. Antes de volver a casa friego los fogones y el suelo y me tomo un brennivín con los camareros. O dos. O tres. Nada que ver con el pisco, aromático y dulce en comparación, pero lo bastante potente como para disipar la jornada, como si la jornada fuese una especie de tumor que yo hubiese ido construyendo en mi interior desde la mañana, segundo a segundo, hasta que me ocupa de manera absoluta y me obliga al destierro. El alcohol es la tormenta que colapsa y disipa la lucidez.

Los días festivos nos quedamos en la cama y, si cierro los ojos, estoy en Chaitén. Tener el cuerpo de Samsa bajo el mío me fortalece, como si fuese mi fundamento. La follo con un afán que parece acumular algo más que la necesidad de sexo. Me precipito, la inhibo. Le quito la ropa a

dentelladas, la husmeo con las aletas de la nariz dilatadas al máximo, despiadada, como si quisiera desenterrar secretos. El deseo se excede en mí, en la manera de tenerla y mantenerla al límite de un deseo idéntico, celoso, casi mezquino. La sostengo hasta que traga mis dedos y deja que la mano los siga y forme un puño cerrado como un corazón loco. El amor baja por mis brazos y la percute. Si me detengo, tiembla. Si la pierdo, me insulta. Satisfacerla es como saldar una deuda de sangre. Caemos exhaustas y siento que la paz se expande a mi alrededor, previsible como círculos de agua.

Viajamos por todo el país. Para una geóloga Islandia es el paraíso, y Samsa lo conoce y me lo muestra como si lo hubiese concebido. Me gustan estas salidas. Las carreteras llanas y vacías, el paisaje siempre tapizado de verde, siempre de líquen, siempre de azul. El agua recorre el territorio con un vigor fetal, se recoge para reunir fuerza, dispara, grita, cae. La tierra la exhibe. Tenemos un coche monstruoso que llega a todas partes. Samsa lo conduce con una pasión singular, sabiendo a donde va, pero no qué encontrará. Le cuesta dejármelo, como si en lugar de una máquina fuese un animal fiel al amo y terco con los demás. Nos adentramos en la isla por caminos, a los ojos humanos, inexistentes. Ella los llama vetas y me asegura que son estables. No sé si bromea o miente. No he conseguido prever cuándo ni por qué se detendrá. Aparcamos en medio de la nada, me dice que baje, nos equipamos y empezamos a caminar. Horas. Es importante llevar ropa de abrigo impermeable, gps, móvil y comida. Se detiene a menudo, toma muestras y fotografías y me instruye, o eso cree ella. Me habla como si le hablase a un colega idiota, con los ojos muy abiertos, las manos crispadas y la boca lenta, vocalizando. Su reino es el primero, la historia en estado puro, una ilustración inmensa encastada en el lienzo volcánico que ella desvela y manifiesta con un lenguaje preciso por adquirido. La dejo pasar delante y me concentro en su culo. En momentos así lo que dice me interesa tanto como me interesaría un panfleto.

Transcurren cinco años. Samsa, cabra de las Dolomitas desafiando pizarra, subiendo en vertical hasta la cima más alta, no ha dejado de ascender. Cuando ya no puede aspirar a más cambia de trabajo. Trabaja para una petrolera. Viaja con frecuencia, a veces durante semanas. La maleta siempre a la vista, pantalones y americana negros, camisa blanca, tacones. Cuando se marcha de casa al rayar el alba vestida así me siento como el esclavo predilecto a quien confían la anilla cargada de llaves. Me da un beso incierto, ni corto ni largo, un beso en el que ella ya no está, y poderosa como nunca cierra la puerta de golpe. Es entonces cuando percibo que algo vivo se sienta en mi interior, de hecho se arrellana y silba mientras contempla el cielo que baja despacio,

como si bailase. Me sorprende esa falta de culpabilidad donde confluyen el amor, que siempre empuja hacia afuera, y la soledad, que estira hacia adentro. Mi amor no se va con Samsa, pero tampoco está en mí, pertenece al deseo. Y amarla es justamente eso, desear que esté presente con cada hebra de tejido y de pensamiento, desde la médula contemplativa de cada hueso. Desearlo con todos los ejércitos. Con hambre, con fiebre, con desesperación. Cuando Samsa se va el amor que hay en casa toma posesión de ella, no yo. El amor poderoso que crece como una zarza y ahoga los muebles y ata las paredes. El amor espinoso que me vela cuando me caigo de sueño, los ojos rojos siempre atentos, las afiladas garras clavadas en la noche.

Cambio de trabajo varias veces. Sin embargo, sigo yendo a la taberna cuando me llaman porque necesitan camareros. Me va muy bien para escabullirme de una cena a última hora. A Samsa no le gusta que me vaya así, sin avisar, aunque le deje la mesa puesta y el salmón asándose en el horno. Suelo esperar a que entre en la ducha, entonces es fácil despedirme con un beso lanzado al aire y cerrar la puerta enseguida para que no se escape el vaho caliente, para no tener que oírla renegar en un idioma que no es ni será nunca el mío. Caminar por el muelle de noche despierta mis ganas de enrolarme en un barco auténtico, robusto, destartelado y chirriante, como un músculo gastado podrido de orín. La flota islandesa es realmente preciosa. Las embarcaciones brillan en la oscuridad, bruñidas por el agua tranquila que las sostiene como si las ofreciera. Reposan una junto a otra atadas a los amarres como bestias obedientes. Mirarlas me despierta un dolor emperezado que me lleva a detestarlas antes de admirarlas por su contemporaneidad, por la adecuación a un ideal de mundo concretado en un país aislado, pero real. Es como mirar a Samsa dormida en las brasas aún palpitantes del sexo y detestarla un segundo antes de venerarla por su perfección.

La provisionalidad puede atarte a la vida sentida. Es la frontera en el interior del bosque, imprecisa, arriesgada. Nunca vigilada del todo. Su gran virtud es que te mantiene despierta. Pero a mí se me llevaba de la vida escogida, la favorita. Ocho años con Samsa y todos los territorios desbrozados. Absolutamente todos. ¿Cómo es posible que la existencia se agote a sí misma? Pienso en desaparecer, paso las horas sentada en el muelle analizando la posibilidad de no dejar rastro. Pero no hago nada. Fumo y medito antes de subir a casa, cansada de la luz boreal pesada e inmovible. El humo sale de mí como el vapor matutino sale de una roca enorme y perforada. Los pensamientos recurrentes nacen de la nada como los grandes temporales, cobran fuerza mientras atraviesan los océanos y cuando te explotan en la cabeza parece que te anhelan, que hayan estado buscándote para destrozarte a latigazos, para hacerte suya viva o muerta. Amar a

Samsa me hace ser prudente. Necesito una bahía, necesito tiempo. De ahí que decida establecerme por mi cuenta y comprar una camioneta de segunda mano. Unos conocidos me pasan el contacto de un taller y al cabo de seis meses, con todos los papeles en regla, abro la food truck.

Me siento extraña. Soy el barro removido, escondo vidas que respiraban en la quietud y que ahora se asustan, resuellan, se enfadan. No puedo culpar a nadie de la batida con palas y horcas. No sé qué busco dentro de mí. De hecho, no sé si busco algo. Quizás atacarme a mí prevenga a quien tengo cerca de ataques más poderosos y menos nobles. El cambio ha irrumpido como un pico inexperto que hurga en mí y me hiere de forma innecesaria. La responsabilidad no es algo que pese, no es necesario cargarla, porque se te cose al cerebro y te envenena la sangre con sus líquidos somnolientos. La sangre. Necesaria y mortal. Lo que vertemos en ella nos alimenta más que el cuerpo: el verbo que lo resucita cada día, el impulso que lo mueve, el fuego, el estallido, el celo. Me siento extraña, porque no encuentro mi cara y toco mi cuerpo y agarro pedazos de otros cuerpos que se me parecen, pero callan. Me levanto cada mañana, le llevo un café a Samsa, nos despedimos, me pongo unas bambas. Atravieso la ciudad corriendo, como si huyese, y regreso falta de aliento, doblada y con una punzada en el pecho. Cocino empanadas y las vendo en la plaza del Parlamento desde el mediodía hasta la noche. Me cuesta creer que gane tanto dinero. Antes de volver a casa paso por la taberna, mi antiguo jefe se llama Ragnar y nos hemos hecho amigos.

Con Ragnar he descubierto una cosa. Las otras mujeres. La presencia frondosa y radiante de las otras mujeres. Llego hacia la medianoche. Madera ennegrecida, el olor dulce y húmedo del alcohol que desprenden los cuerpos, platos rebañados. La gente está sentada muy junta, casi amontonada. Hablan y beben, y con frecuencia gritan y discuten entre ellos según sostienen la jarra con una mano y hacen gestos amplios como si vituperasen. El vidrio capta la poca luz de cada mesa y la multiplica en reflejos finísimos que cruzan el local y suben hasta el techo, ligeros como esporas. Ragnar y yo estamos sentados al fondo. Es su mesa, su banco de madera gastada acolchado con cojines de manchas inmemoriales. En realidad es un camarote, desde allí lo domina todo. Bebemos vodka, brennivín, ginebra, cerveza. El cuerpo adormecido, los ojos benévolo, los pies sobre la mesa. Me habla de la gente como si les conociera a todos. Evalúa a los nuevos camareros, saluda a alguien de lejos levantando la botella o apuntándole con la punta trenzada de la barba. Me cuenta que se ha divorciado tres veces, que las mujeres le pierden, que volvería a casarse sólo para hundir las manos en una melena espesa cada noche cuando se

desploma sobre la cama. Me habla de sus exesposas y de siete u ocho hijos. Sólo tengo claro que la tercera tenía pechos fantásticos, cremosos como el skyr, dice. Todo un poeta. Fumamos contra toda ley, como si en el humo fuesen a aparecer esas maravillas. El local está lleno, y eso, fuera de horario. Me señala con la cabeza a una mujer que se ha levantado para ir al baño. Me doy cuenta de que una mujer cualquiera, señalada, se convierte en *una mujer*, se me aparece. Hacía años que no se me aparecía ninguna. Samsa las había conjurado. Esta es alta, tiene la complexión fuerte de las islandesas, como si dentro de su cuerpo hubiera un fuego siempre encendido donde se forjase coraje. La miro como debe de mirarla Ragnar, con una mirada que me calienta y me obliga a beber. Se abre paso entre el gentío. Tejanos estrechos, jersey grueso de lana. Usa las manos de escudo, se apoyan y apartan espaldas. Avanza frotándose. Descubro sus pechos tapados, la curva potente de las nalgas. Busco su boca como si fuese a besársela. No sé qué me pasa. El sexo se apodera de mí y hace que se me endurezcan partes del cuerpo que ablandan todas las demás. Sé que tengo en la mirada al animal que quiere y no puede controlarse. Apuro el cigarrillo, expiro el humo, bebo. Sin prisa, pero sin pausa, observándola. Si me mira, lo sabrá, como lo supo Samsa. No quiero que mire y sin embargo estoy peor que Ragnar, siento que padezco un terrible abandono, estoy empalmada. El sexo, esa fuerza fanática y brutal que la vida en pareja atenúa y modera, rebrota como un gas comprimido en una roca enorme en la que se ha abierto una grieta. Bebo el último sorbo y me levanto. Vuelvo a casa. Lástima, dice Ragnar. Tiene razón. Aquí me siento muy a gusto, creo que es mi rincón favorito de Islandia.

Los días también han cambiado. Como cada año septiembre acaba exhausto de luz. Los islandeses se aferran a ella con una voracidad desprotegida, vibrante, que tiene algo de indigencia. Es hora de preparar las casas, de acumular alimentos, de barrerlo y recogerlo todo. Estas semanas la venta de empanadas aumenta de forma casi ilógica. Trabajo más que nunca, no doy abasto. Samsa propone venir a ayudarme alguna tarde. Le digo que no. Sé que le parece una aventura. Sé que me quiere. Sé que nos vemos muy poco. Pero necesito mantener limpio de ella lo que es mío en exclusiva, la food truck claustrofóbica y especiada donde cocino recetas que me hicieron feliz cuando lo único que tenía era una rienda interminable incapaz de conducir el corazón y no había nada, pero nada, que dependiese de mí.

Y sucede. Eso que no tiene nada que ver con mi vida ni con el perímetro kilométrico de vida que iba a protegerme de esas leyes indelebles y atemporales que desafían la contingencia. Llega a casa como un invitado mortal. Inesperado e infausto. La enfermedad que sólo padecían los demás. Quiero un hijo, dice Samsa, un hijo nuestro. Tuyo. Lo dice y, como si hubiese bebido

arsénico, no siento nada. Sólo sé que estoy helada. Son las seis de la madrugada. El despertador ha sonado hace media hora para darnos tiempo de hacer el amor. Idea y palabras tuyas. Dice que de día no me ve y que por la noche estamos demasiado cansadas. Cuando generaliza de esa manera es que habla de ella, porque cuando llego a casa de noche ella duerme y yo estoy caliente. El despertador pretende avivar el amor a esa hora terrible dos veces por semana. Me levanto, me cepillo los dientes y pillo el arnés, porque es lo más rápido. Me la follo y se deja, parece que ni se mueva. Acoge un deseo que no le doy y hace que circule como un fantasma por los pasadizos de su cuerpo. Me agarra la barbilla para que la mire mientras no dejo de penetrarla y penetrarla. No lo disfruto, me esfuerzo. Me besa, como si besar encubriese el silencio que separa dos mentes cuando cuerpos demasiado distantes se entregan el uno al otro. Me besa y me llana Boulder. Cuando se corre me llama como si se rompiera, como si me llamara una piedra.

Negarme a ello es dejarla, por lo que pido tiempo. Rayo los cuarenta, no tengo mucho, dice ella. Puta coordenada. Una semana, sólo pido una miserable semana. Es como si el hecho de no haber aceptado pusiese enseguida de manifiesto la naturaleza trágica de nuestro vínculo, de eso que aprieta y se llama pareja. Invento argumentos y los pongo sobre la mesa. Una buena escalera. No tenemos tiempo de ocuparnos de una criatura. Sería un embarazo de riesgo, y nosotras, unas madres pasadas, el niño iría al instituto y pareceríamos sus abuelas. No hay espacio en el apartamento. Tener un hijo es contratar un seguro de sufrimiento. Vitalicio. Argumentos idiotas que no están a la altura del anhelo contra el que disparan. Hablamos de ello cada día, es incapaz de aplazarlo una semana. Me espera despierta y tomamos un café en el sofá. Me mira con esos ojos azules que la luz tibia de casa vuelve grises y siento que lo tiene todo, que es una y completa, como una diosa. Y que de alguna forma el deseo de un hijo la estropea. La escucho con los cinco sentidos, la escucho con todo el cuerpo, con todo menos con el corazón, que parece que quisiera apalearme. Eso no entraba en nuestros planes. En realidad no habíamos hecho planes nunca, nos comíamos la vida a dentelladas. Enciendo un cigarrillo y soy tan detestable que lo único que se me ocurre es que si se embaraza, tendré que fumármelos todos en el puto portal de casa. Se apoya en mi hombro y cierra los ojos. Respira sin aliento, como si fuese a suspirar, pero le resultase doloroso inhalar el aire viciado por la conversación. Está nerviosa, está receptiva, necesita tener en su vientre al hijo que ha descubierto en su cabeza. Y sobre todo, está cansada. Percibo que formo parte de su cansancio, pero aun eso me parece mucho mejor que formar parte de ella de la manera que sea. Le paso un brazo por la espalda, le pongo una mano en el pecho. Se calma y se tiende. Le beso el pelo por inercia. Besos reflexivos a punto de firmar un acta. Me cautiva su mezcla de olores, el olor del champú y la crema hidratante que le empalaga la piel y el pijama, el olor de cada noche estos diez años abrazada a su cuerpo dormido, al éxito y

a la quietud, hasta el olor del sexo triste y deplorable de la madrugada. Callo la realidad y digo que está bien, que adelante. No digo que lo que yo quiero es no ser madre.

¿Cuán loco estaría quien tuvo la idea de construir pirámides? ¿O la de encerrar a alguien en un cohete y mandarle a las estrellas? No tanto como ella. Tener un hijo es un proyecto monstruoso que arranca de repente, sin avisar. Nace de la nada con una fuerza inimaginable capaz de derrumbarlo todo, como un terremoto. Hay que ser una bestia de cerebro pequeño y conservar inmaculado el instinto de supervivencia para anticiparlo. Si tuviésemos un perro, seguro que el animal lo habría sabido antes que nadie y se hubiera fugado de casa. Parece increíble que una única decisión, una mierda de pensamiento impalpable, haga tambalearse de manera tan salvaje los andamios de carne y hueso que sostienen la vida cotidiana, el ritmo sincopado de las horas, el color real y previsible de cada paisaje que nos alimenta y acompaña. La decisión anticipa a un ser que ya existe y que lo coloniza todo. Su presencia tiene densidad, ocupa la casa con tentáculos definitivos, se hunde en el cráneo de sus habitantes y se agarra a la fina tela que les envuelve el cerebro. No puedo huir de él, me persigue allá donde voy, como un pecador acosa a otro pecador apedreándole y escupiéndole al oído sus propios terrores. Esta decisión depende tanto de mí que sólo duerme cuando lo hago yo. Samsa, en cambio, resplandece. Parece que genere su luz, que ésta le nazca de un núcleo activo y poderoso, como el que enciende a los calamares. La miro y rejuvenece, tengo la sensación de que utiliza mis ojos como vestidor donde desnudarse de los años que le sobran y así acceder a un propósito al límite de su caducidad. Sus labios se han llenado de una pulpa carnosa como la que suscita el sexo desmesurado, y tiene la mirada aterciopelada de las leonas adultas cuando saben que son la pieza imprescindible del clan, el centro de la transcendencia. Me cuesta creer que una única idea la haya cambiado tanto. Cuando le llevo el café de la mañana, el cabello desparramado le brilla sobre la almohada como si ya estuviese embarazada.

Ragnar insiste en que tenemos que celebrarlo. Y yo creía que éramos amigos. Replico que no tengo otro motivo para brindar que no sea el nivel de perfección que ha alcanzado mi estupidez, la incapacidad absoluta de herir o dejar a Samsa, de evaluar su mayor deseo y decir que no. Me dice que a él le pasó lo mismo con su primer hijo, pero que después de dos o tres todo cambia, nacen y se crían solos, lo único que hay que hacer es alimentarlos. Hace un chiste que no recuerdo sobre la food truck y me golpea la espalda hasta que me atraganto. Procuro pasarlo todo fumando en nuestro rincón. La suerte es que suele ser un hombre de pocas palabras. La suerte es también que es el amo de las botellas y las comparte con gusto. Cuando nos sentamos allí,

rodeados de toda esa gente que se emborracha y se divierte, me siento como si hubiésemos ganado una batalla, me faltase un ojo y fueran a amputarme una pierna, pero tuviese el corazón tranquilo y el valor intacto.

La acompaño a la clínica. Es un edificio espantoso entre otros edificios espantosos. Se alzan sobre la bahía como icebergs fulgurantes que aprisionan ideas, cuerpos, afanes. Vemos la punta superior: bufetes de abogados, empresas tecnológicas e informáticas, corporaciones. El resto, la parte escondida, navega bajo los mares del tercer mundo. En una segunda planta de uno de esos monstruos de vidrio, la clínica de reproducción asistida. Samsa entra resuelta. No ha hecho falta que me lo pidiera, ambas hemos dado por hecho que a partir de ahora yo iré a donde vaya ella. Es una perspectiva desalentadora, pero es así. Nos hacen pasar a una sala de espera. Cuando se sienta, con la americana bien planchada, el pelo perfecto y los ojos pintados, es como si tomase posesión de la sala, como si se proclamase reina. Me doy cuenta de que con ella todo funciona así. Desprende un poder sutil, casi tierno, flexible y bello, pero resistente como la seda de las telarañas. Te atrae tanto como te apresa, te permite removerte, pero no abandonarla. Me ase la mano y enciendo tres cigarrillos con el pensamiento. No los fumo, sólo los enciendo y doy una calada larguísima, los apuro sin respirar. Las sillas son cómodas. Las revistas, recientes. Los suelos, claros y brillantes. Las plantas, bien cuidadas, parecen artificiales. Es el lugar perfecto para ella, encaja en él por una suerte de derecho innato. Otra pareja se sienta frente a nosotras, también rondan la cuarentena. La ropa limpia, acabada de desdoblar, las manos asidas por una especie de protocolo consuetudinario. Hojean una revista que pretende aconsejar cómo ser buenos padres y madres. La fotografía de la portada, un hombre y una mujer con la cara extraviada de los sectarios y un recién nacido en los brazos, me repugna aún más que la idea de que alguien preñe a Samsa con una jeringa y una donación orgánica. Si algún día ella aparece con un manual así, tendremos un problema gordo, de esos que ni troceándolo muy fino pasaría por el colador del amor.

Volvemos a casa con una lista de obligaciones y un agujero en la cuenta corriente. Tengo la impresión de estar comprándole un hijo, de hacérselo de una forma engañosa que me irrita y me chupa la fuerza y el talento. La impotencia biológica es lo que me coacciona, lo que me empuja a hacerlo. Me siento como un viejo de la mafia, Samsa ya no me pertenece por el amor que nos tenemos, sino por una suerte de corresponsabilidad adquirida, porque estoy en situación de permitir un capricho improbable, desafiante. Por la noche, hundidas en el sofá, repasamos la lista que nos han dado. Es curioso, pero no habíamos pasado nunca tantas horas en el sofá. Lo

compramos con la idea de ofrecer a sus amigos un lugar donde sentarse, nosotras siempre habíamos tenido suficiente con la cama. Últimamente siempre acabamos en él. Es el mueble de juntarse para hablar, el mueble de la sensatez, diseñado para mantener la verticalidad, quedando la cabeza como corona categórica de los órganos obedientes que hay mucho más abajo, entre ellos, el corazón. He desarrollado una aversión a ese trasto, es tan insoportable como la persona en que me convierto cuando Samsa me invita a pegar el culo en él. No puedo con los cojines cuadrados azul marino, apretujados por otros más pequeños, abigarrados y blandos, con los que ella se calza hasta sentir la comodidad necesaria para controlarlo todo: su vida, sus sentimientos, las palabras que ya está confeccionando, incluso mi persona. Si de vez en cuando me abrazase a mí como abraza esos cojines, se me ablandaría algo tieso y malévolo que llevo dentro y que me desafía, porque no depende de nada que pueda decirle ni de nada que pueda prometer. Barómetro de las circunstancias, lo que me hace ser como soy es modelable, pero no puede ser convencido ni expulsado.

Empieza la guerra química. Samsa es el terreno donde se libra el combate. No sólo ha tenido que extraerse sangre varias veces, también se empastilla cada mañana con calcio, hierro, ácido fólico, vitaminas, yodo y estrógenos. Me recuerda a esos solares abandonados a los que de repente van llegando camiones para descargar el material. Ladrillos, mortero, cemento, vigas, aislantes, tablas. Parece que esté comiéndose al niño a pedacitos, poco a poco, y que cuando se lo haya tragado del todo lo único que tengan que hacer en la clínica sea darle el visto bueno y apretar un botón. También hemos tenido que encargar unas botellitas en la farmacia, valiosas como el radio y no menos difíciles de conseguir. Esperamos un mes y por fin llegan en una caja que parece de bombones, de ésas que después no te atreves a tirar. Son unos frascos de vidrio, bonitos y angostos como muestras de perfume. Parece que contengan agua, pero no, están cargados de hormonas, los fermentos que alentarán y desplegarán la vida cuando llegue el momento. Después de cenar tiene que vaciar uno con una jeringa de aguja muy fina e inyectárselo en la grasa del vientre. Cada día durante dos semanas. Me pide que lo haga yo, porque ella lo ha intentado y no puede. Dice que clavarle una aguja de diez centímetros en la barriga es como hacerse el harakiri. Su carne pinchada se tensa y la mano que sostiene el arma se niega a obedecer, hay un mandato biológico que la protege, que la paraliza para impedir esa agresión. No lo he hecho nunca, pero no debe de ser difícil. La hago sentarse en la tapa del váter, le desinfecto la piel con una gasa empapada de alcohol y le aconsejo que piense en eso que sueña para soportar el pinchazo con dignidad. Me manda a la mierda y aprovecho la distracción para clavarle la aguja y vaciar el contenido. Toda la operación tarda un segundo. Enmudece y me mira como si acabase de apuñalarla. Me muero de ganas de dejarla sola, pero me quedo, le doy un beso en la frente, me

arrodillo a su lado, le acaricio un muslo y le pido perdón. La tranquilidad nos cae encima como una red umbría que nos aligera y nos une. Está frío, se queja palpándose el lugar del pinchazo. Lo pienso, pero no se lo recuerdo: conservan el semen que tanto desea y necesita en nitrógeno líquido, dentro de un congelador.

Se pasa el día comiendo. Me pide que le traiga empanadas, baja al súper y vuelve cargada con galletas, quesos, y botes y más botes de cacahuets. Parece excitarla que la cocina se nos quede pequeña. Por la noche se prepara un bol de leche y deshace en ella un rollo de canela. Se lo zampa sentada a la mesa, concentrada en cada cucharada como un tigre en un cadáver fresco. Las hormonas hacen su trabajo, la adoban y la preparan, la utilizan para disponerlo todo al gusto y la satisfacción del niño. Acudimos a la clínica cada tres días. Le hacen una ecografía y valoran el estado de maduración de los óvulos. Descubro que la función de las inyecciones es puramente aceleradora. La estrategia infame de los ginecólogos es someter sus ovarios a la explotación. Si todo va bien, dentro de una semana tendrá ocho o diez óvulos maduros en el lugar previsto para albergar sólo a uno. El ovario convertido en un piso patera, vamos. Entonces, una vez tenga ese manojo de extraordinarias posibilidades en su interior, la inseminarán. Nos lo comunican y ella asiente y sonríe. Ni siquiera pestañea, es como si la hubieran hipnotizado. No puedo creer que no se eche atrás allí mismo. ¿De verdad permitirá que le endilguen entre cuarenta y sesenta mil espermatozoides de un joven atlético de veinte años? ¿Tenía dentro ocho óvulos maduros? Expongo mi temor con toda la educación y el control de los que soy capaz. No quiero salir en la portada de ningún diario con media docena de criaturas amontonadas en una cuna mandada a hacer, rojas y arrugadas como ratas, y una mujer ojerosa a mi lado, reventada por fuera y por dentro. La ginecóloga mira a Samsa y le dedica un gesto comprensivo. Hay formas de comunicación sutiles pero déspotas, que poseen una capacidad prodigiosa de aislamiento. La gran campaña acaba de convertirse en algo incomprensible y valioso que oscila entre ambas. Yo ya no tengo cabida ahí. Soy la acompañante no deseada, aquello que hay que soportar. Samsa gesticula con impotencia. La vergüenza la debilita, las excusas se le caen de las manos. Es como si mi razonamiento fuese tan primario que la insultase no sólo a ella, sino también a la ciencia, al método experimental, a los sacerdotes de las santas iglesias fecundantes, siempre tan sabios y conscientes, siempre tan blancos.

La vuelta a casa es uno de esos viajes en que el silencio campa por el coche como la violencia orgullosa e idólatra de una tropa antes de entrar en combate. Se apodera de nuestros cuerpos, los traba y los vacía de amabilidad. Samsa conduce con aspereza, limpia el parabrisas dos veces,

pone la radio, dice puta mierda y la apaga. Y mientras tanto no deja de morderse las mejillas, las succiona como si las masticara. Lo hace cuando está muy enfadada. Eso y dejar de hablarme, lo que me parecería una medida fantástica si no fuese porque tarde o temprano la habrá agotado y entonces me aplicará la medida contraria, que requiere al menos una hora juntas en el sofá. Cerca del Museo de Arte aprovecho un semáforo en rojo para bajar del coche. Le digo que tengo mucho trabajo. Doy un portazo y camino hasta la food truck. Es temprano, pero puedo trabajar con la persiana bajada, rellenar las empanadas un poco más que de costumbre, unir las por los bordes con elegancia formando un dibujo que evoque un relieve helénico o la espalda de un dragón. Qué sé yo. Embellecer un poco el día, darle algo mío que lo haga despuntar. Saco las llaves del bolsillo y entro en la camioneta con la sensación de entrar en casa, en mi sitio. Olor a levadura, a comino, a cebollitas en vinagre, a especias picantes. Cierro los ojos y estoy en otro mundo, el mundo siempre perfecto del pasado cuando la nostalgia se encarga de borrar cada mancha, cada lesión.

Me cercioro de volver al apartamento lo bastante tarde como para encontrarla dormida. El azúcar y la grasa de la leche se le mezclan en la sangre y la enlazan a un sueño profundo. Hacía días que no pasaba por la taberna. Con la historia de los pinchazos terminaba de trabajar antes de tiempo para poder cenar con ella y cumplir el ritual médico necesario para lograr la gestación. La puerta chirría un poco. Silencio. Luces apagadas, una vela pequeña y sola que muere en el fondo de un plato. Me quito el abrigo y las botas, les sacudo la nieve y camino de puntillas hasta la nevera. Abro el congelador y saco una botellita. Cuando vienes del puño del invierno y tienes que entrar en calor, o te tomas un café hirviendo o un brennivín helado. Un sorbo largo que me raspa como una cerilla y me enciende las extremidades con un fuego valiente, tozudo como un niño que cree que aguantará despierto toda la noche. No estoy borracha, y eso que Ragnar se alegraba de verme y no ha dejado de brindar. No estoy borracha, el alcohol limpia y abrillanta la lengua, las encías, la mente. Es el amigo que sabe que no tienes nada y te abraza fuerte y crees que te lo da todo. Su voz es una mujer que te hace reír, un aliado. Me desnudo, dejo la ropa esparcida por el suelo y me meto en la cama. La calidez extrema de Samsa es musical, me llega hasta la piel en vibraciones que me alcanzan como una marea rumorosa alcanza las piedras solitarias, concediéndoles algo nuevo, la historia nunca contada de un naufragio, la nave tranquila cubierta por la arena en el fondo del mar.

Me despierta en la madrugada. Se ha levantado para ir al lavabo y no puede volver a dormirse. Dice que necesita hablar. Me siento tan cansada y hacer lo que pide me agota tanto que preferiría

mil veces follar. Y todo es pensarlo y saber a ciencia cierta que esa es una alternativa, un camino ni tan seguro ni tan poblado ni tan plano, quizá parecido a un atajo espinoso y enlodado, pero con un caballo que sabe salvarlo, que puede llevarme indemne al otro lado. No es necesario que le diga lo imbécil que me siento. Ni es necesario que me excuse ni que la escuche ni que termine abrazando ese cuerpo cada vez más grande para satisfacer la voracidad nunca saciada de sentimiento, de interés, de comprensión. Y me doy cuenta de que el sexo es la mentira más fácil, porque eso que llamamos alma y que parece que habite el cuarto compartido del amor no es real, no es nada, no son sino dos ojos que miran como si amaran. Y eso depende del cuerpo, del cuerpo y del cerebro, que sabe cómo dar a los ojos la forma de la pasión. Por tanto es fácil acallarla comiéndole ya el cuello, ya la lengua, ya los labios, quitarle el aliento, vaciarle la decisión. Y hundirle lo que necesita y que sólo son palabras mirándola a los ojos, diez minutos, quince minutos, media hora, mientras la mano le brinda y le toma el deseo, y con él la angustia y el amargor, dibujando círculos allí donde me espera, donde empieza y parece que acabe la verdad entre nosotras, es decir, todo.

Llega el día tan anhelado. El cielo gris de diciembre contiene un dolor que pesa y friega el mar. La calma es inquietante, amenaza con quedarse y hacer de techo, ladrón de luz cargado de tóxicos, plomo, mercurio, amianto. Samsa no se da ni cuenta. Su mañana es italiana, tiene el cuerpo tupido y blando, huele a pan caliente, a esponja al sol, a tomates. No espera al café, se levanta y se baña, se lava a conciencia, como por última vez. Cuando sale del baño es otra, ancha y benigna, con sus pechos enormes bajo el jersey violeta y las costuras de los tejanos demasiado evidentes, con la carne, sus nuevas volutas de carne atrapadas bajo ellos, en pugna. Ya es una madre. Se sienta a la mesa y pregunta si me importa beberme su café. A partir de ahora ya no quiere ni café ni tabaco ni alcohol. Compraremos té y zumos de fruta. Agarra un bloc de post-its y se pone a escribir la nueva lista de la compra. Desayuna poco, sólo un vaso de leche y tres galletas. Son los nervios, dice, pero hoy podríamos cenar fuera y celebrarlo. Han pasado más de diez años, la mujer que me propone salir a cenar no conserva ni una de las células de la mujer que comía *lemon cake* cuando la conocí. El tiempo se encaprichó con nosotras y ha ido desgastándonos, se ha afilado los dientes restregándoselos contra nosotras. Y ya no sé qué soy. La fuerza de mi cuerpo yace sólo en el cuerpo, se ha reducido a él, ya no la hallo en cuanto quiero y digo y hago y necesito. Cuando me desabotono la camisa y tengo un espejo cerca el tatuaje de Chiloé en mi pecho parece irreal, un pergamino con islas inventadas. Las rutas imposibles lo parecen por peligrosas. Las solitarias se pagan con la vida.

Las calles rompen la vitela de hielo que la noche ha extendido sobre ellas y emergen de una en una, como una concentración de submarinos, allí donde el tránsito las requiere. Primero las arterias principales, Hringbraut, Kringlumýrarbraut, Sæbraut, y poco a poco el resto de avenidas, calles, placitas, callejuelas. Las nueve menos diez. La mañana es como un joven oscuro y resacoso que duerme hasta las once y media. Samsa conduce con calma, ayer eligió la música que quería escuchar en el coche, tanto a la ida como a la vuelta. Tiene que ser un día perfecto, un día como un manzano, cargado de frutos y de fragancia. Aparcamos en el lugar de siempre, nos abrigamos y me retiene unos segundos con un beso desacostumbrado, demasiado largo y demasiado húmedo para ser un beso de coche. Salimos y me toma de la mano. Está entusiasmada y tengo la impresión de que quiere incluirme en esa cosa suya y que tiene que hacerlo por consideración, por mí, no por ella. Es como si en ese acto presintiese el contorno de la infidelidad detrás de la cortina corrida y quisiese ocultármelo, protegerse. Me toca para hacerme sentir presente, para que mi mente crea lo imposible: que lo que están a punto de hacerle a ella, también me lo hacen a mí, que el peso de las decisiones es uno y soportable cuando éstas se comparten.

Frente a la puerta le pido que pase adelante, que quiero fumarme un cigarrillo. Sonríe y me dice hasta ahora. Toda ella es tan cuerpo hoy, tan líquido y rescoldo, células y acogida, que no sabe quejarse, cualquier cosa la entenece y la motiva. Desaparece y me quedo bajo las luces potentes de la entrada. Decido dar la vuelta al edificio. Enciendo el cigarrillo y camino en la penumbra. Reparo en que la vida, cuando impacta contra el yunque del invierno, expulsa algo que humea. Edificios y automóviles y personas, y contenedores y aves y embarcaciones, y aun las fajas intocables de vegetación. La mañana los despierta quitándoles el calor, es su manera de llamarlos, de apropiarse de ellos, de hacer que encajen con el nuevo día, que se unan a él con suficiente fuerza para hacerlo girar y avanzar. Camino y fumo. No pienso, observo. Y me doy cuenta de que es muy difícil observar sin pensar, percibirlo todo tal como viene, dejar que los ojos engullan y se vacíen en un único acto, barrear la mente. Lo pruebo y lo consigo. El secreto es siempre desestimarse en primer lugar a uno mismo antes, mucho antes de desestimar los milagros impuestos por la vida, esa santa indigente.

Samsa es la primera apuesta del día. Tres óvulos maduros en su sitio, perfectos como pepitas. Una lesbiana en una clínica de reproducción asistida es un caballo ganador. Cuerpo aún no puesto a prueba nunca, inmaculado y prepotente, no arrastra ningún desengaño, ninguna frustración. Samsa era consciente de eso. Podía haberse preñado tocando el semen asignado con la punta de los dedos, oliéndolo, bebiéndolo, dejando que se le derritiera lentamente sobre el vientre como un cubito de verano. Tres óvulos maduros para asegurar el embarazo. Altas probabilidades de que se fecunden dos. El mareo que no he sentido nunca en alta mar se pasea por mi cuerpo y se me mea en el cerebro. No sé dónde estoy, pero no estoy aquí con la mujer que amo, acariciándole la mejilla mientras ella se relaja tendida en una litera con el cuerpo desnudo de cintura para abajo y el sexo tapado por una sábana que no sabe lo que es el sueño. Nos dejan solas unos minutos. En la pared, cerca del techo, hay una pantalla encendida. Las imágenes que retransmite me dejan estupefacta. Es la BBC, una calle de Oriente Medio. Runas, polvo, un ser humano andrajoso que corre enloquecido. Francotiradores. La pantalla está demasiado alta y no hay ninguna silla a la que subirse para apagarla. Que la incompetencia ajena me obligue a asumir un papel que detesto no sólo me indigna, me enfurece. Asomo la cabeza por la puerta y hago entrar a la primera auxiliar que pasa. Samsa ha cerrado los ojos y respira como si se hubiese quedado sola y el mundo en su interior fuera el único, desenvuelto y bello, inviolable. Amenazo a la chica con llevarme a mi mujer si no apaga ese aparato ahora mismo. Sale corriendo y al cabo de nada un zoom vertiginoso hace que en las calles de Bengasi triunfe un jardín de madreselva, donde se hartan colibríes menudos y azules con picos exquisitos como pinzas y los ojitos enojados de quien debe comer de pie. Samsa me mira y se echa a reír, me da las gracias. Necesito salir de aquí. Necesito un cigarrillo, una botella entera de brennivín, un puto barco en el puerto con un agujero en la quilla donde incrustarme.

Una hora después volvemos al apartamento. Conduzco yo porque Samsa no quiere abrirse de piernas. No sé por qué tengo la sensación de que a partir de ahora tendré muchas oportunidades de conducir yo. Una vez en casa, me pide que la folle. ¿Ahora? Dice que las probabilidades de que el óvulo se fecunde aumentan con un orgasmo. No sé hacerle entender que a estas alturas debe de tenerlos todos fecundados. Una inseminación artificial es un acto revolucionario, cien por cien democrático. Los espermatozoides son propulsados por el émbolo de la jeringa directamente al nido donde yacen los óvulos. No tienen que atravesar ningún desierto, no es una final atlética, los más valientes irán hombro con hombro con los holgazanes, los lentos y los idiotas. La fortuna está allí dentro, temeraria, magnánima, repartiendo su suerte con una venda en

los ojos. Es la lotería que siempre toca. Y sin embargo ella insiste, las contracciones postcoitales pueden ser determinantes para rentabilizar el dineral que hemos invertido en esta empresa. Contracciones postcoitales. Rentabilidad. Empresa. La follo tal como me pide, con precisión, sin pasión, para huir del contenido de las palabras. Para matar una conversación.

Al cabo de quince días tiene cita para una nueva analítica. Se marcha de casa en ayunas y vuelven a vaciarla de sangre. La sangre, delatora detestable. Te mantiene viva con una condición: la transparencia. La sangre te recorre de puntillas, silenciosa, es la sirvienta espabilada con acceso a todas las habitaciones, lo sabe todo de ti. Y cuando se le pregunta, informa de ello. No podemos fiarnos del cuerpo, es demasiado primario, demasiado débil. Sólo la mente puede consolarse de sus traiciones. Su única bandera es la de la libertad, formada con los huesos de la verdad y la mentira, entrecruzados sobre negro. La sangre no respeta nada.

Lo sé en cuanto la veo. Atraviesa la plaza corriendo hacia mí con el abrigo sujeto al pecho con una mano, sin bufanda, sin guantes. Ríe. Lleva el cabello suelto. No se lo ha planchado y se le enreda en la claridad gris de la mañana, le da un aire rebelde de artista, de vena loca e improvisación. Parece un cabello a punto de inmolarse, como un montón de ramitas reunidas antes de encender el fuego. Me encantaría tenerla siempre así. Viva y en movimiento. Tan increíblemente agitada, presente. Llega resoplando a la food truck y ahuyenta a la clientela pidiendo a voz en grito dos empanadas, una para ella y otra para el niño. ¿Sólo dos? ¿Un único niño? Sí. Si alguna vez hubiese renegado de un dios, sería el momento de arrancarme la piel a tiras y ofrecerle mi grasa en holocausto. Salgo de la food truck, la abrazo y la beso con un sentimiento inédito, divergente. Es el respiro tan necesario que subyuga la opresión: el alivio. Puesto que tengo que vivir caminando por una cuerda tendida a gran altura, este feto solitario es el contrapeso que puede equilibrar las fuerzas con la angustia, el peligro de caer al vacío con el de alcanzar tierra firme en todo momento. Otro resultado habría desencadenado tempestades donde ahora se impone la calma muda y soportable, la tediosa travesía que no requiere capitán ni oficial ni mecánico. Ni siquiera marineros.

Una embarazada siempre había sido para mí una mujer con el vientre hinchado, un planeta descomunal. Ahora sé que no. Porque una embarazada evidente es una embarazada con experiencia, ya ha hecho el aprendizaje que la destaca y la diferencia, que la honra con la consideración de una mirada ajena. Una embarazada evidente es como una bruja antigua,

custodia el secreto de la vida y eso la hace ser más que humana, prácticamente semidivina. Su cuerpo enérgico es una boca amplísima que habla por ella, quieran o no escucharla. Pero una embarazada reciente, una de primer trimestre... ¡Ah! Una embarazada reciente es una bomba de mano, la granada que duerme a tu lado. Su útero es el sensor que sostiene el diamante, es un reactor, contiene un Big Bang, un exceso de neutrones, nitroglicerina. La menor variación ambiental puede activarla. Samsa cambia de forma radical, como si realmente su raíz primaria se hubiese injertado en la de un ser vegetal, desdentado pero voraz, capaz de alimentarse de la savia de los demás a través de ella. Tan pronto me desea como me rechaza, tan pronto se revienta el corazón y me hace tragar cada puta palabra y sentimiento, como deja de hablarme. Me requiere y me ignora, a veces de forma consecutiva y sin parar en una sola tarde. Si le sigo el juego, se enfada. Cuando le paro los pies rompe a llorar en el acto, con violencia, como si el llanto fuese una de esas infecciones que súbitamente te obligan a vaciarte el estómago, a vomitar hasta ahogarte. Ríete del hachís, la cocaína, las drogas sintéticas. Existen concentraciones hormonales capaces de llevarte al cielo en un segundo y precipitarte a los brazos de las furias más locas, no las que dicen los pecados, sino las que los maquinan. Es el día a día inenarrable de las embarazadas que aún no tienen barriga, heroínas capaces de impulsar vidas humanas a costa de la suya sin que nada ni nadie se resienta fuera del ámbito inmediato de sus parejas y hogares. ¿Qué queda de Samsa? Cuando vuelve del trabajo se desnuda, se lava, bebe y come. Es como tener a una criatura de los bosques corriendo por casa, lo manosea y lo olfatea todo con sus aletas de bestia subterránea. Hablamos, follamos y miramos la televisión tumbadas en el sofá, ella con los pies en alto y la cabeza en mi regazo. Le suelto el pelo sin atreverme a respirar. Se ha convertido en la que manda, es ella quien inicia las conversaciones, quien las termina, es ella quien me desea y sabe cómo debo desearla. Se lo indica esa cosa tiránica, aún sin cerebro, que le chupa el entendimiento mientras le graba la lección de la eterna fidelidad en las paredes anhelantes y modelables del útero, el lugar donde nadie más podrá marcarla.

Para Samsa los meses vuelan. Para mí no habían pasado nunca tan despacio. Soy la niña que se ha propuesto ser buena un año entero. Lo que pase después ya se verá. He cambiado el horario de apertura al público de la food truck. Ahora termino antes y vuelvo directamente a casa. Algún día he asomado la cabeza en la taberna, pero a esa hora Ragnar aún sigue afanándose en la cocina. Nada que hacer. Samsa, en cambio, está más activa que nunca. Se ha apuntado a clases de parto y a un curso de aquagym para embarazadas que casi nos cuesta la relación. Quería que fuese con ella. Al parecer la mayoría de las mujeres acude con su pareja. Ellas hacen la ballena mientras sus acompañantes las sostienen asiéndolas por las axilas. Todo eso en la piscinita templada, panzas increíbles de ombligos vueltos hacia fuera como el nudo resistente de los

globos, casquetes de baño insectívoros, cuerpos que un día se amaron con violencia, ahora blandos y vulnerables, flotando en esa morbidez asidos por los tentáculos. Y pese a todo algo los toca y los impulsa, algo que les hace sonreír con esa boca estúpida de los enfermos terminales que mueren engañados pensando que viven. Por supuesto me negué, y Samsa escupió un veneno muy especial, el que no mata pero ciega, el que borra los mejores recuerdos y a cambio ofrece un desgarró donde perder el equilibrio, donde dejarse la piel de los dedos y las rodillas, la de la confianza. Esa noche no dormí en casa. Me emborraché con Ragnar y fui feliz a la manera de quienes se borran con alcohol y alcanzan la materia prima, el soporte durísimo que nos funda y sobre el que erigimos la vida presentable, la de verdad, como tan de verdad es el pintor que se cuele en un espejo al fondo de un cuadro.

Hacemos las paces cuando le propongo acompañarla al curso de preparación al parto. No me apetece nada, pero es uno de esos aperitivos indeseables que ya me tragué al asumir el embarazo, como estar presente en las revisiones ginecológicas y el parto, o salir a mirar cochecitos y elegir las primeras ropitas. Las clases son como las ecografías, generan unas expectativas muy altas y después resultan como mínimo confusas. Requieren una buena resaca o mucha imaginación. Están sobrevaloradas. Samsa asiste a ellas como a una liturgia. Ha comprado ropa especial, ancha en los muslos y con mucha licra en los tobillos y la barriga. Pone la alarma del móvil para que no se nos pase la hora y se recoge el pelo antes de salir de casa. Me intriga saber por qué también se desmaquilla. Durante las sesiones de tres cuartos de hora reparo en que las embarazadas se parecen como sembrados, como animales de granja. Podría cambiar a Samsa por cualquier otra. Está de siete meses. No sé adónde ha huido, la toco y no la encuentro, se ha reducido al contenido, se ha vuelo plástica, está sometida a un proceso de elaboración constante que la sobrepasa y la deshilacha. Las clases me incomodan mucho. Lo peor no son los cuerpos ni las instrucciones de la comadrona, que pretende ayudarlos a madurar y a abrirse. Lo peor son las miradas, la malla de complicidad que entreteje la mirada que cada acompañante lanza a cada acompañante, cada preñada a cada preñada. Un peso da consistencia a esa construcción y es la consciencia de grupo, de clase, casi de casta. Las elegidas, todas con su fruto centáurico aún inacabo en su interior, y en segundo término, los protectores, suerte de vínculo humano con el mundo real, prescindible. La comadrona es el gurú que nos hace montar pelotas de dilatación mientras acompasamos la respiración y nos miramos con condescendencia. Todo ello me altera tanto que cambiaría la mierda de pelota por una mano de mortero o un saco de boxeo. Ése es el ejercicio más difícil: conservar la calma cuando la corriente te chupa y te llena los intestinos de sustancias indigeribles. Mantenerse firme en medio del océano como un farallón ya tan deteriorado que visto de lejos no se sabe si es un ser muerto a la deriva o que la piedra

desesperada lucha por respirar.

Ya no follamos. Samsa no tiene sexo, es una atarazana obstruida por una única nave y dedica cada segundo del día y de la noche a la labor que la reclama. Un filtro finísimo le tapa la boca del deseo. No queda nada de ella, se ha transformado. No deja que la toque, que la utilice sin pretender darle nada, sólo para saciar el hambre semanal acumulada dentro de mí rechazo tras rechazo. Cuando me masturbo tendida a su lado, me da la espalda, como si quisiese proteger a su hijo de una cosa fea, de la maldad intrínseca de otros cuerpos que no sospechan el valor sagrado de disponer y construir una nueva vida, que sólo sirven para contagiar su carencia y su miedo, la necesidad nunca satisfecha de calor y aprobación. Me toco y bajo toda yo, me recojo en el lugar al que me he llamado. Soy una flor de invierno que se abre por error y se cierra. Cada orgasmo es un pequeño funeral. Cuando termino espera un rato antes de darse la vuelta. Me ase la mano y me la pone en el vientre. Así debían de sentirse los dioses el día en que los continentes formaron las montañas a cabezazos. Mi mano es la impotencia. No siento nada, cierro los ojos y descanso.

Según las predicciones de la ginecóloga faltan entre diez y quince días para el parto. Samsa ya no es capaz de esperarme despierta cada noche. El niño necesita que duerma, está chupándole las últimas existencias. Ella ya no va al trabajo, lleva varias semanas de baja. Se levanta tarde cada mañana, hace dos o tres cabezadas a lo largo del día y a la hora de cenar vuelve a caer rendida de sueño. He llegado a pensar que si la criatura no naciese a tiempo, acabaría provocándole un coma y la consumiría, la vaciaría entera y sólo quedaría su piel, un despojo inservible. No sé por qué creo que en ese caso el niño nacería por la boca. Una boca con la mandíbula desencajada como la de las serpientes. No le cuento ninguna de mis teorías. En lugar de eso salgo a beber con Ragnar. Llamo a Samsa a media tarde, me cercioro de que esté bien, le deseo un sueño reparador y sigo trabajando hasta pasada la medianoche. Estamos otra vez en septiembre, la gente tiene hambre, la vida nocturna no se detiene nunca en este país incapaz de decidir si quiere o necesita esos meses larguísimos de oscuridad para ejecutar con impunidad los pensamientos incubados a la luz judicial del día. Bajo la persiana, agarro una bolsa de empanadas y me dirijo hacia la taberna. Ragnar y yo somos como perros, siempre estamos contentos de vernos. Nos damos un fuerte abrazo y me ofrece una botella. Lleva un rato bebiendo y tiene los ojos tornasolados, le brillan como cubitos de hielo en el fondo de un vaso con un desasosiego lento que me invita. Me siento y bebo con él. ¡Ah! Los viejos tiempos. Los viejos tiempos siempre son los mejores. El presente está celoso de ellos, por eso nos castiga. El ambiente húmedo, lóbrego y ruidoso del local me abraza y me problematiza. Si soy alguien, soy ésta. Si la paz es respirar sin sentir las costillas, mi

paz está aquí y es muy sencilla. La tengo en los dedos, se me escurre puño adentro y se pasea por debajo de mi ropa. ¡La he recuperado! El tacto balsámico de sus patitas me emociona y me calma. Brindamos sin decir nada, intercambiando algo importante con la mirada, algo que, como una mano que rasca, vive en nuestro interior y no puede ser abrasado por el ácido corrosivo de las palabras.

Fumo el último cigarrillo en la calle, antes de subir a casa. De noche el muelle es precioso, una pista negra reluciente donde espejean luces amarillas y naranjas. Parece una danza de espectros que se niegan a dormir y llaman a la rebelión. Desde el mar debe de ser aún más bonito. Cierro los ojos un rato y llego a Puerto Montt. Una entrada lenta y espectacular en una de las bahías más hermosas del mundo, ancha como una plaza, limpia como el cielo. La ciudad de noche, vista desde el barco, era una gran fachada de hotel. La primera vez no desembarqué, estuve sentada en cubierta buena parte de la noche admirándola. Me habría gustado saber tocar la guitarra, cantarle una canción muy lenta a media voz, articular su encanto, repetir su nombre. Recalamos allí muchas veces, era un puerto habitual. Fue allí donde le compré el primer collar a Samsa. Solía regalarle joyas con piedras extrañas que ella reconocía de inmediato. Las adquiría a millas de distancia y las guardaba en el camarote durante semanas. Si las apretaba, era como tenerla a ella en la mano, rebosante de calor. Las piedras me alimentaban, como cuando tomas un recuerdo y ya no necesitas comer porque te satura el cuerpo.

Samsa ha salido de cuentas. Nos dicen que, si no se pone de parto dentro de cuatro días, tendrán que provocárselo, porque el niño tiene macrosomía. Las palabras que evocan enfermedades deberían poder quemarse. Samsa se lleva las manos a la barriga y a mí me crecen cuatro capas de óxido, una encima de la otra, envejezco de golpe. Acabo de descubrir que un niño diagnosticado puede matar. El ginecólogo raya la psicopatía, saborea un instante las olas de turbación que ha logrado levantar con su abuso epistemológico y vuelve a parecer un médico. La voz de los chiflados puede ser la más suave de todas, es la voz de una madre que todo lo sabe y lo perfora. Un feto macrosómico es un feto más grande de lo habitual, explica. Respiro. Es una mierda de feto islandés dentro de una islandesa que se ha pasado nueve meses bebiendo leche y engullendo queso. ¡Claro que es enorme! Samsa se levanta de la silla y dice que el niño nacerá cuando esté liso, ni antes ni después. Agarra el bolso, me clava la mirada, hace un gesto con la cabeza y sale.

No ha hecho falta entrar en guerra con los hospitales, tendremos un parto en casa. No me parece

una buena idea, pero no soy yo quien tiene que desangrarse, elige ella. La comadrona llega cuando empiezan las primeras contracciones. Las de verdad. Las que me hacen pensar que tenemos vecinos con teléfonos y el número de la policía. Suele decirse que las comadronas pierden la noción del tiempo. A mí se me desfigura. Doce horas de martirio. Cada una se alarga como un día. Samsa suelta gritos de manicomio, empieza a todo volumen, sin avisar, y al cabo de un rato se detiene en seco. Eso minuto tras minuto, una y otra vez. No habla, aúlla. No respira, jadea. La comadrona trae de todo y sin embargo no deja de pedirme cosas. Caliento bolsitas térmicas en el microondas, hiervo agua, tiro empapadores, preparo infusiones, busco entre las ollas hasta que encuentro la adecuada para vomitar en ella. Constató con claridad que la naturaleza es imperfecta y cruel, parece rabiosa. No es ni ha sido nunca sabia. ¿Cuántos siglos hacen falta para que una mujer pueda parir sin que parezca un experimento? La comadrona conserva la calma, pide al recién nacido que fluya y a Samsa, que fluya con él. Yo sólo puedo pensar en cesáreas. Asisto a un acto temerario; es como ir a robar joyas en un museo o liberar al preso de un furgón: ¡tantas cosas pueden salir mal! Cada segundo contiene un error, el peligro saca la lengua y lo llena todo de una saliva letal, pegajosa. Samsa me reclama a su lado y me tritura una mano. Me pregunta si la quiero. Su voz contiene una exigencia. Tiene los ojos perdidos, parece drogada. Le digo que sí, mucho, la quiero más que a nadie ni a nada en este mundo. Las palabras me salen solas, como si las hubiese escuchado diez mil veces en la misma serie. Luego me insulta y me echa, no quiere ni verme. La comadrona dice que es un comportamiento normal, que la poseen hormonas descontroladas. Habla de Samsa como si no estuviese presente o fuese autista. Es todo tan irreal que ya no soy consciente de mi cuerpo, ni de la sed, el cansancio y el hambre. Samsa lo ocupa y lo chupa todo como un agujero negro. Tres horas más. Se ha dilatado al máximo. Me informa de ello la comadrona, que está terminando de comerse un plátano. Samsa quería parir en cuclillas, pero ya no puede más, la ha tumbado el puño bien adiestrado del dolor. Le miro el coño sin querer. No sé qué me parece. Un manojito indescriptible de carne viva, la peor herida de una criatura que ya no tiene remedio, que sangra y agoniza. La comadrona dice que el niño es tan grande que no puede encajarse, tiene que salir de golpe, de un buen empujón. Estoy a punto de llamar a una ambulancia cuando oigo que cambian los gemidos. Ya no es una voz de mujer, ahora chilla un animal, un dragón, la fiera que puede aniquilarlo todo con una llamarada. La comadrona me llama. Acudo. No sé dónde estoy, no soy nadie. Un cráneo besa la luz por primera vez. Alguien tira de él para que no se encalle. Lo tengo en los brazos. Respira. Calienta. Pesa. Es una cosa durísima y blandísima, como un pequeño milagro. Se le llenan los ojos. Es una niña. Me mira. Siento que muero un poco.

La maternidad de Samsa es exclusiva, no me afecta, me ha convertido en una exiliada. Ella y Tinna aún son un mismo ser, como cuando Samsa estaba embarazada de ella. Se pasan el día tiradas en el sofá, piel con piel, desnudas. Su vida se reduce a la lactancia. Tinna siempre tiene un pezón en la boca. Le sirve de biberón, de chupador, de juguete. No se cansa nunca, lo siente tan suyo como el paladar o la lengua con que lo aplasta. Cuando se duerme y lo pierde es como si un planeta hubiese perdido a su estrella: la frialdad absoluta, una frialdad monstruosa que la despierta y la aterra. Empieza a dar cabezazos contra Samsa con la boca abierta como un gran ojo que quiere recuperar la luz, la sensatez. Si no es capaz de encontrarlo, grita. Tiene unos gritos propios que no se parecen a los de ningún otro recién nacido del mundo. Son un imperio de langostas que llega y arrasa, y arrasa y se marcha. Los temo. Temo la nada que queda cuando callan, el raso plagado de cadáveres. A Samsa, en cambio, todo le divierte, ha alcanzado una especie de nirvana. No le importa nada, ni las grietas en los pezones que le escuecen y le sangran, ni las contracciones uterinas que la doblan en dos, ni siquiera que se me pase el punto de cocción de la pasta. Mira la televisión, come lo que le pongo en el plato y habla con Tinna en voz muy baja, escondida bajo el edredón con la niña acostada encima de ella, como si hubiesen tenido la gran idea de invitarse a dormir una a casa de la otra y fuese la hora de las confidencias. Yo no paro quieta. Cocino, compro, limpio. No entiendo que un recién nacido que va todo el santo día desnudo y come de una teta logre multiplicar por tres el trabajo de casa. No entiendo nada. Cuando salgo a tirar la basura aprovecho para descansar un rato sentada en la escalera. Fumo. Enlazo un cigarrillo con otro. No quiero pensar. Me siento utilizada, me siento excluida, me siento prescrita. No me gusta. No me gusta esta vida, es la vida de una china, de una esclava. Mejor no pensar en nada. En estas condiciones pensar no sólo es peligroso, es de idiotas.

Nos hemos mudado. La casita amarilla ha presenciado cómo cinco kilos de bebé expulsaban a la primera familia y ahora engullen nuestras cosas con avidez. Cabe todo, los cuatro muebles del apartamento, el fondo de armario de Samsa, mis enseres de cocina y la increíble parafernalia de Tinna. Tiene dos meses. Dos meses son demasiado poco para tal acumulación de riqueza. Ragnar me ayuda a hacer la mudanza. Entre él y yo lo cargamos todo en su furgoneta. No sé por qué, las cosas de Tinna me avergüenzan. Toda clase de reclinatorios y asientos con barandillas, correas,

cinturones y ruedecitas. Bolsas atiborradas de ropita hasta los bordes. Cajas y cajitas de cartón con una ventanita de plástico por donde se ven aparatos de colores claros, algunos eléctricos, la mayoría ergonómicos, todos prescindibles. Juguetes pensados para modelarle el cerebro, muñecos de algodón ecológico, maderitas ideadas por algún pedagogo. Lo toco todo. Sus cosas pasan por mis manos como maletas por una cinta transportadora. Las agarro, las desplazo, me deshago de ellas. No tienen nada que ver conmigo. Samsa ha ido a la piscina con Tinna. Se han matriculado en un cursillo de natación para recién nacidos. Cuando me lo dijo pensé que era una broma. Pero no. Se ve que los recién nacidos saben bucear, aprenden a hacerlo en el vientre de la madre y lo olvidan cuando la vida los obliga a llorar y justo después, a respirar. Samsa quiere que Tinna no lo olvide, como si no fuera suficiente con haberle brindado la vida y ahora tuviese que arreglársela. ¿Es a eso a lo que se dedican las madres? ¿A poner redes invisibles, a velar por la seguridad? Soy yo quien ha tenido que aprender a respirar. Lo supe desde el primer minuto. En cuanto la inseminaron, Samsa cambió. La sensación que yo tenía era de extrañeza, de una extrañeza nómada, nerviosa. Procedía de ella, la poseía a la vez que la traspasaba, la hacía radioactiva, como si se la hubiesen inoculado con esos cristales móviles de vida, con esa sopa de desesperación, recién activada. Y el parto no ha cambiado nada, no la ha redimido ni me la ha devuelto. Ni un paso atrás: la maternidad es el tatuaje que fija y numera la vida en tu brazo, la mancha que inhibe la libertad.

La sensación de vacío es tan grande que me pondría orejeras, un retazo de cuero en cada sien para garantizarme el futuro trillado e irrefutable que se despliega ante mí. Dejarme vivir matándome lentamente, ¿es eso lo que hace falta? Hay demasiados océanos retirados de demasiado territorio. Hay demasiados esqueletos en la piedra, demasiada vida pendiente de declarar. Taparme las orejas puede ser más efectivo que vaciarme los ojos, porque he permitido que los ojos codirijan las obras del cerebro, pero no tengo ningún órgano que ose desafiar a la trompeta que me taladra por vibración, el sentimiento. Debo dejarme llevar, debo agotar la baja de maternidad, recuperar el trabajo, esperar que Samsa se reconstruya, que eche en falta piezas de sí misma y luche por recuperarlas y encajarlas con las de esa nueva mujer que ya no vive para ella, sino a través de la vida de otra, atrapada en un cuerpo de niña que la desea y sonríe, y que la ha seducido con una fuerza que no puede ser igualada, porque pertenece a los astros y a la tierra. Es decir, a nadie.

La cocina de casa es incómoda. Seis fogones, horno, horno de vapor, una isla en medio del paso, mobiliario sin pomos de arriba abajo y de derecha a izquierda. Antes de mudarnos Samsa se

escapó a Ikea y vació la sección de menaje del hogar. La tenemos escondida en esos armarios. Utensilios bonitos y nuevecitos que no me dicen nada ni me sirven. Desayunamos en una mesa pegada a la ventana. Huevos revueltos, pan con mantequilla, zumo de arándanos y una tetera. El otoño nos sirve sus últimas mañanas. Me gustan esas horas preparatorias, desplegar el mantel, encender velas, sentir que todo lo que hago se inscribe con plenitud en un tiempo propio y solitario, en los minutos que hilvano a conciencia con cada movimiento ejecutado con las puntas sabias de los dedos. El tiempo no vive fuera, el tiempo nace con nosotros. Tener el tiempo en las manos, he aquí una misión humana. Me levanto cuando la casa aún se mece en el silencio, como una barca dormida al abrigo de otras barcas, una caja de madera donde parece que todo empiece y termine. No enciendo ninguna luz. Samsa duerme lejos de mí, en la otra punta del mundo, pegada a la cuna de Tinna, que tiene una barandilla abatible y encaja con nuestra cama. Dormir tan cerca de dos personas que se quieren es peor que dormir sola. Me pongo un jersey y bajo a la cocina. En realidad no me he levantado, acabo de fugarme. Cuando dos o tres horas más tarde Samsa aparece con Tinna ya vestida y contenta, hay algo que discrepa allí donde el pecho me pega, como una gotera antigua o el murmullo de un viento que pasa sin que yo sepa interpretar qué me anuncia.

He cometido un error y he asistido a una de las reuniones privadas de Samsa. Se trata de un grupo itinerante de lactancia. Son diez o quince madres, cada una con su bebé, como si fueran lanceros. Una vez por semana se reúnen en casa de una de ellas, amamantan a las criaturas y hablan. Al final nos ha tocado a nosotras. Samsa se levanta poco después que yo y hace algo que no ha hecho nunca hasta ahora: me entrega a Tinna ya llena y satisfecha. La deja en mis brazos y me ordena que le cambie los pañales y que la vista, ya ha colocado la ropa elegida sobre el cambiador. Por una vez tiene demasiadas cosas que hacer, cosas para las que un recién nacido es un estorbo. Debe lavarse, peinarse y maquillarse para tener buena cara, tiene que ponerse la ropa de lactancia, ni de calle ni de estar por casa, el tipo de blusa cerrada en el escote con una cinta que cuando la desata le libera los pechos, que no han estado nunca tan llenos ni han sido nunca tan intocables. Samsa se cerciora de que la haya entendido y sale. Silencio. Un silencio acuático, hospitalario. Por primera vez me he quedado sola con Tinna. Nos miramos con curiosidad, como si nuestras caras nos sonasen de algo, de un encuentro fortuito que no recordamos. Le explico qué haremos y la tiendo en el cambiador. No dice ni pío. Mueve las piernas y los bracitos sin cesar, como un escarabajo boca arriba. Pone en ello tanta pasión que resuella. Luego encuentra el montoncito de ropa que ha dejado Samsa y la tira al suelo de una patada. Me hace reír. A mí tampoco me gusta el vestidito blanco de punto con las medias rosadas. ¿Sabes qué haremos? Elegiremos otra cosa. La tomo en brazos y nos dirigimos hacia la cómoda. Me gusta pasearla por

la habitación, olerle la piel delicadísima del cráneo, olerla con los labios y quedarme con su calor. Cuando tienes a un niño despierto en brazos en el interior de una casa, instintivamente buscas ventanas. Los ojos de Tinna miran lejos, los atrapa la claridad que viene del mar, se clavan en ella como en una maravilla, como si la aurora fuese uno de esos fenómenos que sólo ocurren cada diez siglos. Y pienso que quizá sea cierto que no recuerdo la última vez que me estuve quieta, frente a frente con la marea de luz que cada día se traga el cielo y nos lo obsequia.

El timbre, exclamaciones en la entrada que se meten en casa y ahondan en ella. Existen voces humanas capaces de aniquilarte. Abrazo a Tinna un momento antes de terminar de vestirla. No le gusta que la meneen y gime. Canto. No sé muy bien qué canto, tarareo una canción que habré oído en la radio, un ritmo latino que le tensa el cuerpo como si quisiese bailar. Samsa me llama. Querrá a la niña, la prueba viviente de su reinado. Le despeino el mechón de pelo que parece llevar cosido a la cabeza y le doy dos besos, uno en la nariz y otro en la frente. Bajo las escaleras a disgusto, como si un dios implacable me hubiese exigido esa hija. ¿Es suficiente con dejar de creer para proscribir a un dios? Samsa ha encajonado todas las sillas y butacas de casa en la sala. La mesita, en medio, cubierta de pastas y bebidas y pezoneras y empapadores. Kilos y más kilos de mujeres y recién nacidos. Se sientan y se desnudan. La calefacción islandesa siempre al máximo. Los enormes pechos sueltos, sostenidos por una mano para embocarlos en los bebés. Ríen, amamantan, comen, se miran, se tocan, se comparan. Pezones de todos los tamaños, algunos pequeños como bayas, otros anchos y oscuros como el pan. Lengüecitas anhelantes que los lamen y los excitan. Ahora entiendo por qué Samsa no se pierde ninguno de esos encuentros. Son orgías. Comparten el exceso, la desmesura, la carne y el deleite de la carne, que se sublima cuando es compartido. Samsa coge a Tinna y me pregunta por qué le he puesto unos pantalones pirata con una camiseta que no pega. Me lo escupe al oído con una rabia baja que desconozco, pero no me extraña. La miro sin decir nada, sólo podría insultarla y la maternidad le haría de escudo. Peina a Tinna con una mano y la lleva a su butaca. Huyo de casa.

Un día detrás de otro, los arrío como si fuesen las bestias que transportan mi carga. La casa, la compra, el trabajo, otra vez la casa. Mentira. Entre el trabajo y la casa vuelve a estar la taberna. Al principio no quería ir. Imaginaba los atardeceres en la sala, pausados como fados, Tinna reptando por la alfombra como un caracol por la hierba espesa, con dificultad, con tozudez, sin tregua. Ella y yo y su cesta de juguetes. No ha sido posible. Samsa está siempre ahí, pendiente, enfermiza. Ha renunciado a su vida, se ha vuelto religiosa. Su maternidad es así, una teoría basada en la jerarquía que pretende englobarlo y explicarlo todo. Me enfrento a ella una noche,

cuando llego tarde después de beber con Ragnar. Samsa llora tendida en la cama. Es una víctima, un cuerpo rendido por los sentimientos que lava su pelo con lágrimas. Le digo que no he nacido para ser madre y aún menos para ser un perrito, la compañía obediente que ella pide. Nos miramos en la penumbra. Las luces de la calle son de película, nos recortan la silueta y la azulean, la vacían. Tinna duerme justo allí donde su colchoncito está amarrado al nuestro, confiada, tranquila. Las pestañas de seda, los agujeritos cálidos de la nariz, limpia y ligera, como recién escrita. Respira y parece de cera, una muñeca. Querría entrar volando por la ventana y raptarla, castigar a Samsa por la intolerancia y la debilidad. Por tenerme segregada de la vida de Tinna y de la de ella. Los argumentos de Samsa son biológicos: que si las hormonas, que si un cordón simbólico, que si la lactancia. Llega a decir que el primer año de un recién nacido es de la madre, lo ha leído en un libro. *Fuck you*. Yo también he asumido la maternidad, por amor a ella y no por necesidad de un hijo, pero la he asumido y la reclamo. Acabamos follando por demasiados motivos. Porque se siente poderosa y porque me siento sola. Porque el amor se sedimenta y el sedimento tiene memoria. Porque se culpabiliza y porque me he pasado la noche mirando a otra mujer y estoy caliente. Follar por todo eso es salir de un edificio en llamas por las escaleras que no conducen a ninguna parte, las de emergencia.

Hemos hecho un pacto. Un pacto explícito en virtud del cual tengo los miércoles con Tinna. Samsa me da una parte de razón. Lo ha meditado toda la noche, dice, mientras dormía. Cuando se levanta, la cama ya no es una cama, es su trono. Amamanta a Tinna y me la cede. Me incluye en sus dominios, la espalda cuadrada, el cuello nunca expuesto, una corona en la frente hecha de cabelleras y dientes. Tinna me llega como si fuese un préstamo. Samsa acaba de desabotonarse el pijama y sonríe. Es una montaña que se yergue frente a mí, una barrera natural, apta sólo para animales, saturada de muerte y de nieve. Su normativa es geológica y eso sólo puede querer decir que no hay nada que hacer, no hay amenaza ni estrategia posibles, ningún movimiento capaz de sacudirla. Puedo admirarla y amarla porque me tienta y es un cúmulo de belleza impracticable contra el que impacto con fruición, sin partirme. Hoy se siente magnánima cuando toma a su hija y me la deja. Se sabe invencible. En alguna parte hay una lista perdida con los nombres de mujeres y montañas como Samsa. Son seres completos, temo la totalidad que pone de manifiesto mi carencia. Tomo a Tinna como tomaría una bolsita llena de oro, pensando que a partir de ahora, vaya a donde vaya, llevaré escrito en la cara el tesoro que custodio y que no puedo gastarme.

La vida ha empezado a hacer bajada. Un aliento me empuja nada más levantarme. Me interno en

los días como un explorador se interna en un territorio conocido, con apatía, sin precaución. No me interesan. Tinna crece con confianza, como si al hacerlo se liberara. Se levanta, se desenrosca, parece que esté abriéndose poco a poco y que de ella salga un rayo de luz capaz de disipar la fealdad del mundo. La casa le sirve de tiesto. Samsa la alimenta. Yo soy el pájaro que la visita y canta porque es feliz con sólo mirarla. No sabía que un hijo pudiese ser un escollo tan grande. A mi alrededor todo parece tranquilo, pero no hay paso abierto. Una fuerza que vive y se multiplica me sujeta e impide que me vaya, amenazando con desligarme el tronco, que quiere huir, de la cabeza, hecha para quedarse.

Dormimos en habitaciones separadas. Creía que eso sólo les pasaba a los que roncan y a los abuelos. Pero al parecer los bebés tienen el sueño muy ligero y si no eres la madre, cualquier movimiento o ruidito puede romperlo. Palabras de Samsa, que ya no soporta que Tinna la despierte cinco o seis veces cada noche y ella tenga que amamantarla. Dice que tengo un sueño violento, que descargo mis demonios golpeando el colchón. Estoy harta de los poderes extrasensoriales con que la biología obsequia a sus practicantes más devotas, pero discutir sandeces me agota. Agarro la almohada, velas y un cenicero y me instalo en la habitación de los invitados. Tumbada en la cama a las diez y media de la mañana. Las sábanas nuevas a rayas que aún no se han lavado nunca. El colchón por estrenar. Podría haber ido a la habitación de Tinna, contigua a la nuestra, ya preparada para acogerla dentro de cuatro o cinco años, que es cuando según los japoneses un niño puede dormirse solo sin que le traumatice la experiencia de la soledad. Pero he preferido este cuarto, que en realidad sirve de trastero. Es la habitación más pequeña y está encarada al norte. Contiene la tabla de planchar y cajas del traslado que no hemos abierto nunca. No están etiquetadas, por lo que es como si estuviesen vacías. Es curioso, pero esa es la única habitación donde realmente me siento como en casa. Vuelvo a tener por compañera la provisionalidad que tan bien me escucha y me habla. Vuelvo a acostarme en una litera a caballo entre un puerto y otro puerto.

La ausencia de sexo humaniza lo mismo que una enfermedad. No es que tome posesión de mi cuerpo. No. En realidad se apodera de su temple. Noto cómo lo carcome y le hace un agujero bien redondo, siento cómo se hunde en él hasta alcanzar el rincón ideal para anidar. Allí es donde la ausencia de sexo, como un manojo de virus o gusanos, dispone su casa y se me come lentamente. Gracias a mí, que soy su apoyo, crece la carencia y se refuerza, cambia de esqueleto varias veces, fabrica e incuba centenas de huevos. Me vence como vencen las madres biológicas, reproduciéndose. Sin embargo, su labor perforadora ha abierto fisuras por las que partes atrapadas de mí empiezan a emerger. Percibo que soy de humo, que lo que me define circula como por chimeneas y explora cada abertura buscando un chorro de luz o de frío, la cúpula del cielo donde esparcirse. No hablo de la personalidad. La personalidad es un vestido confeccionado con trapos que lavo y recoso sin cesar, que me cubre y puede que me siente bien, pero nunca, nunca me define. La desnudez que oculto es la que me hace persona. La piel, mi extensión esteparia. Ahora que la ausencia de sexo me ha desnudado, me he visto. Me he visto y me he reconocido como un ciego reconoce el trago de salmuera que al atardecer sube desde los intestinos del mar.

Suele venir un par de días a la semana a buscar una empanada a la hora del almuerzo, como todo el mundo. Es una islandesa atípica, de cuerpo esbelto y finos músculos de atleta. La cara limpia, el flequillo perfecto y los ojos muy azules, pero de un azul inusual, opaco y oscuro como la malaquita. Debe de trabajar en el Museo de Arte o en la Galería Nacional, tiene aire de comisaria. Siempre pide lo mismo, la empanada del día y un café largo. No entiendo por qué me trastorna tanto. Es como si cada una de sus palabras irrumpiese para seducirme con un baile lento. A veces me basta con verla de lejos para sentirme ingobernable. Reconozco el deseo, náufrago de un viaje antiguo que regresa vigoroso y asilvestrado. Me entrego a él porque tenerlo es alcanzar sus océanos, llenarme el coño de espuma, colgarme al cuello las perlas que me doblan las rodillas. Me siento de puta madre cuando ella mueve los labios sólo porque me habla. Envuelvo la empanada, preparo el café, lo precinto, cobro. Le entrego la bolsa y nos miramos, un segundo es suficiente. Sus uñas, que me tragaría de una en una, brillan tanto que no parecen humanas.

Los miércoles son mis fines de semana. Samsa se levanta temprano y desaparece. Ha logrado concentrar en un solo día el ocio de su antigua vida: clases de español y de pintura, yoga, gimnasio, almorzar con amigas. Hay que ser dura como el mármol para soportarlo en doce horas escasas, o basta como la argamasa. Me lo vende como un sacrificio, pero en el fondo sé que le gusta. Lo necesita. No podría ser la madre que quiere ser sin los miércoles, perdería la sensatez. Me la quedo mirando mientras cambia pañales y dobla el cochecito para meterlo en el maletero y tengo la impresión de que no es ella, de que ahí hay alguien movido por una exigencia. Por ejemplo, el amor que siente por Tinna es desatado y vinculante, lo vive como si fuese un amor ya escrito, lo cumple como si fuera legendario. A mí me parece un parásito que la ha mediatizado y la cabalga para exhibirse. ¿A dónde irán a parar las madres cuando dejan de ser estrictas? Samsa está en los miércoles. Son la plaza donde ella proclama su independencia. Y agota cada hora, porque las horas de todos los otros días son vampiros que la desean con un amor que la vacía.

No me muevo de la cama hasta que oigo que arranca el motor del coche. Tinna duerme pegada a mí. Samsa me la ha dejado ya amamantada. Le acaricio una mejilla, recorro sus venas azules y verdes con un dedo. Es una vida tan nueva que aún es transparente, no ha formado capas. No se mueve ni lloriquea. Nada. Tiene el cuello sudado. La olfateo y huele a plantas, a ruda y a verbena. Le doy un beso. Sabe a medicina. Le desabotono un poco el pijama, tibio por todas las cosas tibias que su cuerpecito de leche fabrica y alimenta. Cuando duerme resguardada contra mi pecho, con los ojos en movimiento bajo los párpados, encuentro que la vida se me encara, me desafía, que nunca como ahora me manda que crea y me desarme. Cuando despierta la refresco, la visto y le preparo una papilla. Le encanta escuchar la radio. Me dedica un espectáculo que no hace nunca en presencia de Samsa: se arrastra por la cocina sentada, impulsándose a culeta, mientras silba como una tetera y me mira y ríe y babea. Es su manera de pedirme que ponga la radio. O eso parece, porque en cuanto lo hago se pone a gatas y corre a mi encuentro. Entonces la aúpo y bailamos. Soy una bailarina pésima, no tengo sentido del ritmo ni ningún interés en mover el cuerpo en coordinación con otro fuera del ámbito específico del sexo, pero la voluntad de un recién nacido es una y entera, sabe levantarlo y demolerlo todo, construir y derribar montañas. Así que hago lo que no he hecho nunca con Samsa, la estrecho contra mí y exploro la intimidad que surge cuando el mundo se repliega sobre nosotras. Bailamos. La música nos toca con las manos frías, con las puntas de los dedos, como si nos desnudase. Nos atrapa como un torrente y nos empuja adentro, adentro. Tener a Tinna así hace que me sienta nueva y extraña. Hace que piense en palabras que han crecido como hierbas o vallas encima de mí. Entre ellas,

una palabra incómoda, la más antigua: «madre».

Me interesa. Querría conocer su nombre, su oficio, su dirección. Y atravesar paredes. Seguirla hasta su casa y entrar en plena noche, después de fumarme la espera. Dentro, los muebles se apartan de mí en la penumbra. No me cuesta encontrarla. Duerme en una cama inmaculada, empotrada entre dos ventanas. Flota en ella como en un lago. Me acerco. Hay mucha piel al descubierto, pulpa fantástica que desprende luz, un resplandor migratorio que se esparce por la habitación como el sol en un bosque. Se me ocurre que podría tocarla. Se me ocurre que si la besase me quedaría pegada a ella. Que el deseo por una mujer nueva es una filigrana que recorro y me impacienta. En lugar de responder a él, me alejo poco a poco, atravieso de nuevo la pared y me voy a la taberna. Ragnar me abraza sin soltar la botella, se deja caer en el banco y me escucha con sus ojos rasgados y rojos. Es un animal reflexivo y alcohólico, un amigo. No se ríe de mí, entiende. Le hablo de Samsa, le hablo de la mujer del flequillo perfecto y la cara limpia y los ojos de malaquita, de la ausencia y la gran llamada del sexo. El resentimiento elige las palabras. Hablo de mujeres sin contarme entre ellas. No soy una mujer. Soy el cocinero de un viejo mercante que afila los cuchillos despacio.

Mañana de junio. Es miércoles y Tinna cumple diez meses, tantos como los que se maceró en los líquidos de Samsa. Para celebrarlo me la llevo en bicicleta hasta el centro. Está encantada con la perspectiva de ir a dar pan a los patos. La sujeto a la sillita, le pongo el casco, le quito los zapatos y los calcetines, y pedaleo lo más rápido que puedo. Es una amante del aire libre y le fascina la velocidad. Me inclino sobre el manillar. Detrás de mí sus gritos agudos parten la mañana por la mitad. A un lado el sol voluntarioso y pálido de principios de verano, al otro la tranquilidad mansa de los miércoles. Las manitas de Tinna golpeándome los riñones, he aquí lo único que me interesa. Llegamos al estanque en un cuarto de hora. Aparco la bicicleta y desato toda la parafernalia. Si pudiese disponer de todos los minutos que he dedicado a su seguridad desde que nació, los compactaría en quince días y me la llevaría a navegar. Recorreríamos la costa portuguesa y nos adentraríamos en el Mediterráneo, en las aguas de África o Italia, donde los peces son pequeños y azules y tienen una grasa dulce que se derrite como chocolate en la boca.

Meses sin sexo. Lo que más me cuesta entender es la ligereza de Samsa, esa sonrisa diáfana, el beso desenvuelto que me planta en los labios cada mañana cuando baja a desayunar e irradia una satisfacción increíble, como si el sueño tuviese manos de oro. Si intento retenerla, se escabulle

con malicia. Me siento como un forastero, como si le hiciese la corte por ignorancia en una fecha prohibida. Y somos incapaces de detenernos y hablar de ello. Hemos ido engordando dentro de la cotidianidad y ha llegado el momento en que las costuras se abren poco a poco y exhiben una desnudez vergonzosa. Reconozco dentro de mí un frío permanente, un hálito de extinción que no tiene nada que ver con Islandia. Es la distancia, el vacío de cuando se separan las fuerzas de un mismo influjo. A diferencia de los osos y las cabras, he fundamentado mi vida en este vacío y la he vivido como si fuera irrompible. Ahora no tengo futuro ni presente fuera de la estúpida repetición de los actos inocentes de cada día.

Paso las mañanas en los museos persiguiendo un encuentro con la comisaria que parezca fortuito. No logro encontrarla. Obras y más obras de arte cuelgan de las paredes y se propagan por las salas, como el mármol por los cementerios, con nombres y fechas que no me dicen ni me remueven nada. Me gustaría ser sensible a alguna de ellas al menos una vez, maravillarme de la luz de un cuadro, de las manchas que revelan zonas secretas del cerebro que adormecen todas las demás. Pero ni siquiera me interesan los desnudos escultóricos, inmóviles y deliberadamente femeninos, arrancados a mazazos de moles de granito, de piedras que en la intemperie tenían algún sentido. Deambulo por los museos como un vagabundo por las avenidas más caras, el valor de cuanto allí se exhibe escapa a mi comprensión, su belleza me resulta inaccesible. Y todo ello hace que me sienta pequeña, entera pero mediocre, de una pequeñez olvidada, perdida en el tiempo y en una lejanía miserable. Detesto la limpieza de esta isla. Detesto la limpieza que presupone la perfección, detesto la perfección colocada como un pequeño delantal sobre el vestido del domingo. La vida que hago con Samsa se ha convertido en ese engaño, el día dedicado al cielo en que nadie trabaja y todo el mundo sonríe, el día en que está prohibido tocarse. No creo en esta isla, ni en la felicidad, ni en la pareja, ni en los hijos, ni en dios.

Es más fácil construir un engaño que deshacer sus nudos cuando lo has ido cimentando sin querer, día tras día, en una casa. Desconozco el motivo, pero supongo que guarda relación con los casinos, con lo sencillo que es apostar fuerte en cada nueva mano y con lo que cuesta abandonar cuando ya no te quedan fichas y empiezas a pensar en jugarte el coche, el reloj, la hija. Soy incapaz de poner el mantel y escupir en él el remordimiento, el rencor, las ganas, el caldo espeso de todo lo que tragado y que no sé digerir. Cuando Samsa me desea las buenas noches, antes de encerrarse en su habitación, pienso que de tanto hacerlo parece casi normal, que hemos acostumbrado a las paredes y convencido a los lechos de ello. Tinna me dice adiós con la manita y ríe, para ella no soy nadie, ha llegado el momento culminante del día: hundir la cabeza entre dos pechos y vaciarlos hasta dormirse. Yo también me encierro, encierro mi cuerpo en una cama emparedada en una habitación provisional. En una casa provisional. En una ciudad donde de noche, en otras camas, nadie se despide ni se acostumbra ni se encierra.

Mediodía. Está aquí otra vez. Preciosa con su vestido negro ceñido y las gafas de pasta y el bolso a juego con las sandalias que sólo enseñan un dedo. Es una mujer urbana, ha domesticado cada detalle de su cuerpo tenso de antílope en consonancia con una imagen que miro y me entusiasma. El pelo negro, casi azul, geométrico y quieto, y los labios refulgentes en medio. No he besado nunca unos labios tan pintados. El maquillaje en general me da repelús, pero me tragaría el de ella. Pide un café, y la palabra «café» me recorre el pecho, es una gota de sudor que ella ha hecho que me caiga encima y que baja poco a poco hasta mi ombligo, lo evita y se dirige caprichosamente hacia la costura más fina. Le entrego el almuerzo, son mil quinientas coronas. No sabe quién soy, sólo qué pasa, que la adivino acucillada entre los matojos, que la trae el viento, no un viento cualquiera, sino febril y lento. Un niño llega corriendo, mira las empanadas y se va. Ella hurga en su bolso. Su brazo desnudo hasta el codo se tiñe de dorado un instante. No sé por qué pienso en lugares que no conozco, en Yemen y en Somalia. En los músculos muy, muy delgados que el vestido tapa. Me los imagino combatiendo debajo de mí en un lugar cualquiera esta misma noche.

Me protejo volviendo muy pronto a casa y cocinando un festín. Estofado de cordero con patatas y merengue de albaricoque. También hago pan. Trabajo la masa en un bol ancho. Harina y polvo de ajo, agua tibia, sal, levadura. Tengo músculos antiguos, los de componer, los de amasar. Son músculos que dominan los huesos, nadie piensa por ellos, pero se valen y se esfuerzan como los músculos de amar. Horneo los panecillos y ataco la falda de cordero. La aplano sobre la encimera. Es pringosa, oscura como el café. La carne cruda, sin piel, no parece muerta. A mí me hace salivar, lo mismo que ciertos perfumes o los pepinillos. La troceo con precisión. Mis manos son cuchillos, cepillos, exprimidores. Las utilizo para transformar alimentos. También me las hundo en la cabeza para adobar el deseo que me ocupa y me pudre. Porque el deseo no se puede matar, sólo adormecer y fermentar. Cocino para salvarme. Cocino sin parar. Las risas de Tinna se mezclan como espuma con el azúcar y las claras de huevo. Juega al escondite con Samsa y está tan excitada que grita. Samsa finge que no la encuentra y me llama. Su voz se esparce como un líquido por el suelo de la sala y la cocina. La bebo a lengüetazos, como un vinagre que pudiese deshacerme y blanquearme. Después limpio los fogones y poco a poco pongo la mesa, sin el menor deseo de sentarme a ella.

Deja de venir durante diez días y su ausencia, en lugar de tranquilizarme, me angustia. La lucha contra mí misma es mucho más provechosa que contra los hechos o las ocurrencias. El exterior me parece un monstruo de tantas cabezas como personas temo y amo. No le interesa mi sufrimiento, pero me atrapa y, antes de engullirme, me mastica. El exterior es una bañera de ácido, un gran vientre. Los días se disuelven en él. Los vivo en la emergencia de una tormenta, y tanto me parece que los domino como que me vencen. La food truck se ha convertido en una excusa y tengo la convicción de haber perdido la casa. No sólo la casa, la luz de cada habitación, las palabras que en ella se retuercen, los enseres de las cómodas. Me siento desplazada. Pero soy humana, me desafío. Espero a una mujer como quien espera un terremoto o un taladro, con pánico e impaciencia, con una agitación que recuerda a la de las bestias: la boca sucia a ras del suelo, el culo abierto bien alto.

Vuelve a aparecer una mañana de julio. La blusa blanca sin mangas, la nuca al aire, la piel de una morenez impecable de playboy. Llega a mi altura y lo entiendo todo: no ha cambiado de trabajo ni de barrio, sencillamente ha ido de vacaciones a un lugar soleado y conserva su fragancia, su calor. La miro y sonrío. La miro y viene directamente del lugar donde ha olvidado el abrigo, la vida respetable. Mientras le preparo la empanada, hablamos. Hablamos como si con cada palabra

amontonásemos troncos de forma precipitada. La conversación nos lleva a donde no he ido nunca, a donde ella se me ha tragado durante diez días que no puedo dejar de imaginar. Quedamos para ir a tomar una cerveza esta noche, lo bastante tarde para que no sea una, sino tres o cuatro, e incluso un cóctel que nos ayude a decidir dónde ir a perdernos. Se toma su café allí mismo. Se lleva el vaso a la boca y sopla con los labios finos antes de beber. Se le chupan las mejillas. La espuma del café se desplaza de mala gana y se arrincona sin hacer ruido. Bebe. Un sorbo pequeño en el que me he colado. Pruebo su boca antes del primer beso y me siento como un insecto atrapado en una flor. Me hartó del aroma y la textura, camino por su interior con las alas replegadas, abstraída de todo. Le pregunto su nombre para tener algún ornamento con que ataviarme mientras el día se arrastra más lento que nunca. Me llamo Anna, dice. Lo dice y algo se embarranca, se rompe y se llena de la fuerza con que el agua conquista el vacío.

En casa me ducho y me pongo ropa limpia. Tejanos y camiseta. Me seco el pelo con el secador, cosa que sólo hago en invierno. Me lo peino con los dedos y un poco de cera. Soy especialmente sensible a los detalles que distinguen el día de hoy de todos los demás. Cada gesto es una migaja que dejo caer detrás de mí. Una migaja sola no significa nada, se pierde en el paisaje cotidiano. Varias migajas juntas son otra cosa, señalan un camino. El mío me parece una avenida con faroles y altavoces que braman la gran noticia. Meto la ropa sucia en el cesto y me cepillo los dientes dos veces. Mis intenciones se han apoderado de mí, me ocupan con el aplomo de quien recobra la tierra de sus antepasados. Soy tan consciente de su autonomía que me abstengo de intervenir, que se enfrenten ellas y decidan. Me sostengo la cara frente al espejo. Tengo la impresión de que eso es lo que hace todo el mundo cuando descubre que es una cara definitiva, que allí no hay máscara. La piel pálida y fina se me arruga fácilmente, pero si la suelto aún parece joven. Pienso que Anna no debe de tener ni treinta años y es toda un puño, la fuerza que cierra el puño y hace que reluzcan los huesos. Me froto las uñas con un cepillito. Pienso en ella y se me desviste. Su cuerpo silencioso, abriéndose como las peonías. Lo pienso y no sé dónde caer. He contenido las ganas de sexo como he podido. Liberarlas no me condena, me humaniza. Me lo digo y no me lo creo. Abro la ventana y enciendo un cigarrillo. Luego me lo repito.

No puedo creer que Samsa no sospeche nada. Pero parece que no. Friego los platos de la cena y me reúno con ellas en la sala. Samsa tiene a Tinna sentada en el regazo y le hace el caballito. Tinna ríe y se echa hacia atrás. No teme a nada, la define la confianza. La envidiaría si no fuera porque tarde o temprano el mundo la hará cambiar. La vida, que parece estar formada por prados, ya le ha abierto sus hoyos. Un día se hará mayor y quedará atrapada en ellos. Samsa ve que me

he calzado y me pregunta si salgo. Tinna bate palmas y pide otro viaje. Quiere un galope, quiere un caballo salvaje. Su pasión me paraliza. Tanta pasión en los brazos adiestradores de Samsa me produce una mezcla insoportable de sensaciones. Cólera y angustia. Y también lástima, una pena honda como la de las raíces bajo tierra después de talar un gran árbol. La pena se abraza a mí porque tiene tentáculos, le sirvo de alimento y me acapara. Necesito huir de aquí. Es suficiente una noche para volar un castillo. Es suficiente si vives en él y no te importa nada saltar como una piedra más, rota, a la intemperie.

Nos sentamos a una mesita pegada a las ventanas. Fuera aún hay claridad, una luz residual que vuela bajo y roza el cabello de Anna. Hablamos y bebemos y me obligan a apagar el cigarrillo dos veces. Me explica que es peluquera en un salón del centro. Le encanta su trabajo. Me recuerdo explorando museos y me siento estúpida y ligera, como si la estupidez me redimiera de la gravedad de los actos razonables. Le hablo de mi trabajo en la cocina de un barco y las palabras despliegan la capa espléndida con que quiero envolverla. Me escucha con la emoción de quien ha vivido poco. Me tiene dentro de sus ojos, rompo su agua profunda a brazadas. Pido más cerveza y me cuenta su viaje a Capri. No me interesa nada. En lugar de escucharla, la miro. La imagino entre cojines, la tengo en un banquete. La piel de los brazos lisa y limpia, la de los muslos impaciente y muy tibia. Podría comérmela con la parsimonia con que se comen los racimos.

La casa amarilla me espera al final de la calle. A la luz del farol parece cansada, como si no hubiera dormido. La miro y me reconoce, me acusa con cada ventana. Reparo en que ya no es una casa, es una esposa. Ha crecido sobre Samsa como una segunda piel que la aísla y la protege. Una piel nueva que se basta a sí misma, que no quiere ser tocada, que cubre con un nombre genérico el nombre particular de la mujer a la que yo amaba. Me aparto del sendero y me siento en el columpio. Samsa lo compró no hace ni quince días y ya ha adquirido la costumbre de mecer en él a Tinna un rato cada tarde. Para mí es como si en lugar de un columpio fuera una jaula con un león, su presencia me atrae y me horroriza. Y sin embargo he descubierto que no se puede columpiar a un hijo sin sonreír. Lo he intentado y es imposible. Los niños pequeños tienen ese poder, imponen su alegría al malestar ordinario de los adultos. Es un poder fugaz, un polvo de oro que te galonea los hombros y te recuerda que no eres un sencillo soldado, un sencillo grumete. Apenas te das cuenta. Un adulto ha perdido el interés por las cosas brillantes. Un adulto es lo contrario de un pájaro. Cuando preparo el desayuno cada mañana el columpio húmedo y quieto en el que ahora estoy sentada parece el testimonio de un crimen sin importancia.

Ayer Samsa pronunció las palabras «la fuerza de los lazos familiares». Hablaba por teléfono en la entrada. Yo fregaba el suelo del pasillo con la ventana entreabierta y oí claramente cómo pronunciaba «la fuerza de los lazos familiares». Fui empujando la bayeta por el pasillo para amortecer la conversación y liberarme de ese sintagma que describía una cosa atroz. Pero «la fuerza de los lazos familiares» ya había entrado en casa, como una maldición capaz de desbaratarlo todo. Por la noche, escondida bajo el edredón, aún me estremecía. Intenté pensar en los buenos sentimientos que unen a las personas, como la generosidad, la gratitud, el amor. Quizás el respeto y el perdón. El cerebro permite hacer eso, elegir las palabras que nos salvan, construir sentencias. Es la herramienta de que disponemos para engañarnos mientras el cuerpo grita. Hace semanas que no duermo bien. El sueño llega, me ataca y se va. Llega, me ataca y se va. Así toda la noche. Es una hiena que me devora a mordiscos y expone mis huesos a la luz fría de la mañana. Pienso en «la fuerza de los lazos familiares» y aparece el dolor, el residente roedor. Arrastra los pies y remueve con las muletas los líquidos que me almohadillan las rodillas. Empiezo a tomar calmantes, que trago con el café y me alejan de mí. Los calmantes te proyectan hacia afuera, el alcohol hacia adentro. No tienen nada que ver con la vida, sino con el estado de renuncia que hace la vida soportable. Una vez por semana follo con Anna y eso no me aleja de nada ni de nadie.

Tres meses son suficientes para agotar el interés por un cuerpo. Dejo a Anna tal como la tomé, sin pensar si de verdad hay alguien dentro. No me despido, no argumento. La dejo de la manera más insana. La dejo por desaparición. Entonces empieza la asechanza, que no es una cacería sino la necesidad de ahogar el dolor. Me llama y me deja mensajes, y cuando se harta, viene. No sé por qué no puedo preverlo. Me siento hundida, el cerebro se me pudre en la cabeza como un tesoro inútil en el fondo de una pecera. Trabajo de manera inconsciente, como si me sustituyera un yo anterior bien entrenado. Llego a casa temprano, soy incapaz de ir a ver a Ragnar. Reparo en que Samsa ya no me toca. Lo sé porque Tinna, cuando lo hace, me hace volver a mí con una inmediatez que me quema. Me cuesta pensar, me dejo llevar viviendo de decisiones ya tomadas. Espero los miércoles como quien espera la primavera, con la piel seca y los músculos encogidos. Son el calor que la semana entera custodia. Llegan y traen con ellos la sensación de llenarme de hojas y larvas. Tinna y yo recorremos la ciudad en bicicleta, nos bañamos en las piscinas, comemos en cafeterías donde ella juega con otros niños y ríe hasta que el cansancio la pone a rabiar. Entonces pido un café largo y la siento en mi regazo. Reposa la cabecita contra mi pecho y duerme abrazada a mí, como un mejillón pequeño adherido a la roca madre. Miro a la gente y

bebo despacio para alargar el viaje al lugar más dulce y clemente que quepa imaginar.

Ha venido tres veces a la food truck. La primera, cautelosa. La segunda, enfurecida. Pero es una mujer inteligente, y la tercera, viene reconstruida y acomodada. El bolso lleno de desprecio, cada noche de sexo escupida contra la pared, desprendida del recuerdo a arañosos. Me atrae más que nunca. Pide la empanada y el café de siempre y deja dinero y comida sobre el mostrador. Se va como yo, con las manos vacías y sin decir adiós. Se ha liberado de mí repudiando hasta lo que puedo ofrecerle pagando. Según se aleja sigo sus piernas aún bronceadas, el culo alto y redondo que tuve abierto tantas veces para ablandarle y avivarle cada nervio, la membrana finísima que nos cubre como piel los lugares más recónditos. Desaparece y pienso que me ha aventado la bofetada que necesitaba, la que puede reanimarme. Sigo trabajando, pero mucho más concentrada, presente.

He decidido salvarlo todo. Me empuja a ello un sentimiento extraño parecido a una pulsión, a un código activado, algo orgánico y eléctrico que me mueve sin necesidad de que lo gobierne. Fabrico pensamientos exagerados que datan y acompañan cada acción. La alternativa es el abandono. Preparo la masa de empanadas para mañana. La amaso bien, le infundo la vida ligera que de noche soplará la levadura. La leche de Samsa actúa igual, adormece y esponja a Tinna, que es como la masa que trabajo y tiene un carácter propio nunca previsible, al igual que todas las masas concebidas, como las nubes y las olas, o pilas de años atesoradas en la memoria. Bajo la persiana, vacío la caja, apago las luces y cierro con llave. El cielo siempre cercano es un gran bostezo. Me abrigo bien y desato la bicicleta. Sé lo que haré. Pedaleo hasta el súper, aparco, entro. No me gusta mi vida. No me gusta la vida de alguien que compra flores. Pongo el ramo en la alforja y emprendo el camino de vuelta. Es viernes. Noche de taberna. La noche que últimamente solía pasar con Anna. El sábado a primera hora ya estaba en casa. Donuts, croissants, el diario. Preparaba té y zumo de naranja, y desayunaba con Samsa, que me había oído llegar y bajaba semidormida. No me preguntaba nada, aborrecía a Ragnar. La vida puede no gustarte pero ser inocua como el cloro que tragas con el agua.

No hay luz en la cocina. Ni en el comedor, ni en la sala. Pero una claridad insegura luce en la ventana de la habitación que ahora es de Tinna y Samsa, y que esta noche volverá a ser también mía. El móvil marca las ocho menos cuarto. Se han acostado pronto, es viernes y están cansadas. Preferiría haber hecho otra entrada. Llevo todo el camino fantaseando con la casa, la he

imaginado espléndida, iluminada, como una de esas mansiones de Nueva Orleans o de Savannah. He visto su jardín con árboles extraños de troncos subtropicales y ramas donde duermen las aves finas y rosadas de los pantanos. He subido la ancha escalinata. He imaginado el tipo de vida que se adecuaba a casas concebidas para el retiro y la fiesta. He escuchado su música. Luego me he visto entrar y blandir el ramo para hacerme un hueco en la alegría compartida de los demás. He visto a Samsa mirarme, riendo como reía antes de que la cordialidad reblandeciera la astucia y la pasión. He visto a Tinna luchando por ponerse de pie. Y la he visto lanzarse de cabeza hacia mí y agarrarse a mis rodillas un segundo antes de perder el equilibrio y caer. Mientras venía, he desplegado ese futuro exigente y resignado. Totalmente practicable.

En casa hace mucho calor. Me quito el abrigo y el jersey. También los tejanos y los zapatos. Cuidando de no hacer ruido, preparo una bandeja con una botella de brennivín y dos vasos. También las flores y el aceite de masaje. Lo subo todo al piso de arriba. La puerta de la habitación está cerrada, la enmarca un hilo de luz naranja. Dejo la bandeja en el suelo, tiendo el oído y no oigo nada. Deseo que Tinna duerma y Samsa aún esté despierta. Giro el pomo y entreabro la puerta. Si Tinna aún está mamando es mejor que no me vea, porque se desvelaría y costaría calmarla. Duerme. Tinna duerme. Pero hay otro recién nacido que tiene un pezón en la boca y lo succiona con los ojos cerrados, completamente drogado. Succiona y traga. Succiona y traga. Un hilo blanco le baja por la barbilla y se pierde entre los pliegues de su cuello. Un hilo asqueroso de baba lechosa. El pezón no es de Samsa, porque Samsa está arrodillada entre unas piernas y hunde la cara en ellas. Succiona y traga. Succiona y traga. Los pechos le cuelgan sobre una almohada. La almohada está ahí para ofrecer el coño abierto que Samsa se come en un ángulo perfecto. Los pechos le cuelgan y se bambolean. Tinna digiere su contenido cuajándolo con los ácidos de su pequeño estómago. El calor es insoportable. El calor de toda la casa. Se ha concentrado en una nube que me amordaza. El bebé que mama tiene mucho trabajo. Su madre gime en voz baja e intenta no retorcerse, pero se retuerce. Sus pechos enormes reposan sobre sus costillas. Sostiene la cabeza del bebé con un brazo para que no pierda el pezón. Samsa le mantiene las piernas dobladas, una con cada mano, y ella mueve la pelvis y jadea. Está a punto de correrse. Aprieta al bebé un poco más y tiene un orgasmo largo y acompasado con tres, cuatro sacudidas. Cierro la puerta con suavidad. Me he quedado sin fuerzas, tengo náuseas. Tengo un fuego horrible bajo la piel, como una sarna virulenta.

El sábado por la mañana desayuno con Samsa. Té, zumo de naranja, brioches de mermelada. Dice que Tinna ha dormido toda la noche de una tirada. Que ella no podía conciliar el sueño y

tuvo que tomarse una valeriana. Que puso una lavadora mientras esperaba que la pastilla le hiciese efecto. Sonríó y le digo que me llevaré a Tinna a dar pan a los patos para que pueda echar una cabezada. Cordialidad. La raíz de la palabra cordialidad es un órgano. El órgano que mueve la sangre.

Mi compañera de cabina dice que Groenlandia es como una mujer: nacida para esperar. No le vuelvo la cara de milagro. Quizá también porque es mi jefa. Duerme en la cama de encima y cada día le cuesta más subir hasta ella. Tiene el culo gordo y abultado, como si en lugar de carne almacenase en él tubérculos, y unos brazos sin muñecas que terminan abruptamente en unos dedos negros y cortos que trabajan muy deprisa. Es colombiana y a eso debo el trabajo, hicimos la entrevista en español. Creo que le hacía ilusión darle al palique un rato cada noche. No lo hemos logrado por culpa mía. No es que hablar por hablar me parezca un disparate, sino que lo encuentro más peligroso que adoptar una rata en tiempo de peste. Sin embargo, Emilia es una mujer práctica y ha encontrado una solución que nos satisface a ambas. Se ha convencido de que le gusta la poesía y cada noche me lee un poema con la voz monótona de quien reza. Neruda, Paz, Jodorowsky. Lee poemas y dice salvajadas. Me horroriza pensar en la magnitud del poder de las palabras que nos incrustan cuando somos pequeños. Ahora sé que ni siquiera la poesía puede neutralizarlas, y aún menos someterlas. Pienso en Tinna y me siento insegura. Pienso en Samsa y, fuera de la necesidad de intervenir en lo que ya no es mío, no siento nada. Alguien que no soy yo me empuja a ello. Alguien que es una voz.

Cada diez días zarpamos de Reikiavik hacia Scoresby Sund, el fiordo más grande del mundo. Una y otra vez. Ir y volver. Ir y volver. De no ser por el paisaje, que cuando me detengo a fumar detiene el tiempo y lo llena de sentido, sería como tomar el tranvía. No es un mercante, no es un pesquero. Es un crucero. Lotes de pasajeros lo ocupan, se diseminan en él y se van. Cada vez que embarcan o desembarcan, alguien los recuenta. No los salva no percatarse, porque todo en ellos proclama su ruina: la ropa térmica reluciente con que insultan al gris azulado del mar, del cielo y de la tierra, el exceso de alimentación, los iPhones con que se enmarcan y disparan. Friego platos, montañas de platos blancos bordeados de azul y con el logo de la empresa. Sé que no ascenderé ni siquiera a ayudante de cocinera. Creo que ese es uno de los síntomas de la decadencia occidental: segregar el mundo laboral del mundo de la experiencia, inhabilitar a los cuerpos sin acreditación, lanzarlos a la intemperie. Sin título que certifique mi valía, seguiré aclarando platos con la manguera de alta presión. Programaré lavadas, fregaré ollas y sartenes, recogeré y ordenaré las tandas de platos limpios que salen de la máquina en una nube de vapor,

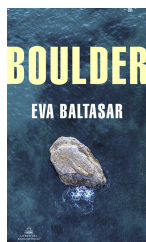
calientes y brillantes como si viniesen del centro de la tierra. El sueldo no tiene nada que ver con el de un cocinero de a bordo, pero es mucho mejor que el que cobraría por hacer el mismo trabajo en Reikiavik, y tengo pocos gastos, sólo el alquiler de un apartamento pequeño y la pensión de Tinna. Huí de casa al cabo de un mes. El suelo se tambaleaba, se abrían en él grietas que se ensanchaban y se convertían en agujeros. Las paredes sangraban cuando se quedaban solas. Pasaba los días fumando. Las noches, bebiendo con Ragnar. Samsa parecía ser la de siempre, pero hablaba menos. Cuando estaba con Tinna ponía una cara que se apagaba cuando me miraba. Me besaba de puntillas, con suspicacia. Yo me moría por amarla y castigarla. Me sentía traidora, responsable. No me costó encontrar a alguien que quisiera la food truck. Ragnar empezó a quitarme las botellas de las manos. No me oponía. Me tumbaba contra él y miraba el techo, que daba vueltas. Me sentía caer en las voces y las risas de la gente, que me atrapaban. Un lugar tan oscuro y lleno de luz a la vez. Encendía un cigarrillo como podía. No me lo fumaba. La ceniza iba cayéndome sobre el pecho, a veces con una pequeña brasa que quemaba.

El comedor del personal tiene una ventana que da a la cubierta siempre concurrida de estribor, lo que lo convierte en un buen punto de observación. Durante el descanso de la tarde bebo una cerveza sentada contra los cristales y veo a la gente pasar. Me gusta no estar allí afuera con ellos. Me gusta vestir ropa de trabajo, me hace transparente. Estiro las piernas bajo la mesa y me llevo la lata a los labios. Doy un sorbo. La cerveza me borbotea en la boca y me desentumece. Distrae el cansancio, que se hace pequeño y abre paso a la mente. Me doy cuenta de que tengo recuerdos, siempre los mismos, contienen a Tinna y a Samsa, algunos son tan antiguos que dan la vuelta al mundo. Se me clavan como si fueran anzuelos. No sé qué puedo hacer con ellos, mirar cómo se pudren, esperar que se vayan solos. Apuro la cerveza. Los pasajeros me incomodan. Me separa de ellos la ventana de cristal doble, opaco. Formo parte de otro mundo, de un lugar inhóspito. Y estar en él es agradable. Fuera todo el mundo va acompañado, todo el mundo con demasiada ropa. Me cuesta imaginar que haya cuerpos de verdad dentro de todos esos abrigos. Sólo veo rostros enrojecidos, bocas que ríen y exhalan un aliento blanco. Me sería imposible hacer como ellos. No puedo pasarme los días persiguiendo ese tipo de vida. Es una vida apta sólo para ser consumida, no contiene grasa. Por la noche, cuando me desnudo, el cuello alto del jersey me atrapa el cráneo para recordarme que nacer no es nada, el peligro es renacer.

Veo a Tinna cuatro o cinco días al mes y con eso me basta. Es cierto, me basta. No necesito ejercer de madre, al menos no de la forma en que Samsa entiende que es ser madre. No me preocupa la gran red de intendencia que captura a Tinna, sólo me interesa estar con ella, tratarla.

A Samsa le parece perfecto. Mi elección confirma el sentido de su causa. La miro y veo a una mujer que ha subrogado su propia valía al bienestar de una criatura. Es la diosa de las buenas decisiones, lo organiza todo. Tinna es su arcilla, su figurita, tan pequeña que le cabe en las manos. La vida de una madre puede ser eso: la lengua que lame y no se cansa nunca. Samsa es útil, es amorosa, es práctica. Se ha convertido en un norte. Tinna la quiere con un amor consolidado por la convivencia. La prefiere a ella y eso me hace sentir bien. Siento que me salva. Con frecuencia pienso en marcharme de aquí, lo deseo cada vez que nos cruzamos con un pesquero. Dejar de lavar platos para procesar montañas de pescado. Meses en alta mar, larguísimos y duros. Jornadas inacabables. Trabajar con materia viva, aunque tenga que destriparla y me pringue de intestinos. No entiendo por qué pensar en la muerte de un bacalao alivia mi dolor. Tampoco entiendo ese dolor, molesta poco, pero siempre está presente. Creía que me atacaría, que aprovecharía el cansancio de la noche para clavarme las uñas y los dientes. Estaba preparada para el llanto. Pero no, tengo un dolor que es como un perro. Está echado en un rincón y me lame la herida. Me la mantiene tierna y abierta, va haciendo. Navego y estoy muy sola. Mañana llego a puerto e iré a buscar a Tinna. No abordaré ningún barco, de momento.

Después de la exitosa *Permafrost*, *Boulder* es la segunda novela del tríptico donde Eva Baltasar explora la voz, la vida y el cuerpo de tres mujeres.



La protagonista de *Boulder* se gana la vida como cocinera en un viejo barco mercante. Es la situación perfecta: soledad, una cabina, el océano, algún puerto en el que conocer mujeres y horas para encarar el vacío, para sentir la fuerza de la provisionalidad. Hasta que un día una de ellas consigue que abandone el mar, acceda a vivir entre cuatro paredes y se implique en la gestación asistida y en la educación de un hijo. ¿Qué ha hecho la maternidad con la mujer que en su día conoció en un bar de la Patagonia? ¿Qué hará ella, animal enjaulado en una casa unifamiliar de Reikiavik?

Todo ha cambiado excepto su apodo, Boulder: esas enormes piedras aisladas en medio del paisaje, expuestas a todo sin que nadie sepa de dónde vienen ni porque están ahí. Después de la exitosa *Permafrost*, esta es la segunda novela del tríptico donde Baltasar explora la voz, la vida y el cuerpo de tres mujeres.

«El estilo de Baltasar es impecable.»

CARLOS ZANÓN, *El País*

«Sobrecogedora, intensa, poética.»

LAURA FERRERO, *ABC*

«Una lucidez fría pero candente, admirable, en su aproximación al detalle.»

NADAL SUAÚ, *El Cultural*

«Maneja los sentimientos como material radioactivo, es decir, como algo que nos mata y nos ilumina.»

JAVIER RODRÍGUEZ MARCOS, *Babelia*

«La suya es una subjetividad poética que mira el mundo y descubre que todo eso que nos contiene puede mirarse por primera vez.»

GABRIELA WIENER

«Describe como no pensabas que pudiera hacerse. Lo supera todo.»

JULIÀ GUILLAMON, *La Vanguardia*

«Baltasar es habilísima. Una Dorothy Parker catalana. Irónica, implacable.»

La Repubblica

«Baltasar arranca con fuerza.»

Clarín

Eva Baltasar (Barcelona, 1978) ha publicado diez poemarios y debutó en la novela con *Permafrost*, Premi Llibreter 2018 traducido a varias lenguas y uno de los fenómenos literarios del momento.

Título original: *Boulder*

Edición en formato digital: marzo de 2020

© 2020, Club Editor 1959, S.L.

c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria.

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2020, Nicole D'Amonville Alegría, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse

Fotografía de portada: © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3711-7

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

- [1] *Patrón*: en español en el original. (*N. de la T.*)
- [2] *Cerros*: en español en el original. (*N. de la T.*)
- [3] *Humitas*: en español en el original. (*N. de la T.*)

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Boulder

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Sobre este libro

Sobre Eva Baltasar

Créditos

Notas